

46
2EJ



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO**

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS



**LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA EN LA POESIA DE
LEON FELIPE COMO METAFORA SOCIAL DE LA
LUCHA DEL HOMBRE POR LA LUZ**

T E S I S

PARA OPTAR POR EL TITULO DE
LICENCIADA EN LENGUA
Y LITERATURAS HISPANICAS
QUE PRESENTA:
ILIANA MAGDALENA RODRIGUEZ ZULETA



FALLA DE ORIGEN

MEXICO, D. F.

MARZO 1995



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Este trabajo está dedicado a:

Mi padre, mi primer Maestro y
amigo
Mi madre, quien me contagió el
gusto por los libros
Luis, mi compañero de todas las
aventuras

Rosario Covarrubias y sus
hermanas, y a la memoria de su
padre, grandes amigos todos
Iztac, Bastian y Ada: los
testigos silenciosos

La Facultad de Filosofía y
Letras de la UNAM
La Escuela de Escritores de la
SOGEM
El escritor Eduardo Casar,
asesor de este trabajo

Mi segundo Maestro y amigo, a
quien he perseguido hasta en
sueños, al que me ha mostrado
el mundo a través del cristal
de una cierta ventana, al que
moría cuando a mí me concebían,
a quien hubiera querido conocer
personalmente: el gran poeta
León Felipe

I. Introducción

La poesía es, por naturaleza, multívoca. De ahí que los estudios que se realizan sobre las obras poéticas nunca abarquen la totalidad de sus posibles sentidos. Hay, por ejemplo, análisis que parten de la estructura sonora, morfosintáctica, semántica o lógica de un poema: esto es, análisis que acaban en el texto mismo, sin tomar en cuenta el entorno en que fue creado. Por otra parte, hay análisis que se interesan en las interrelaciones del poema con su contexto literario, cultural o histórico en general.¹ Existe incluso quien considera el aspecto biográfico como determinante de la obra literaria.

Estas formas de abordar el estudio de la poesía, aunque a veces contradictorias, se complementan. No es lo mismo valorar un poema por sus elementos formales, que por las repercusiones que tuvo en la sociedad de su época, como no es lo mismo valorar un edificio por su resistencia sísmica que por su belleza. Un poema puede resultar logrado debido a su sonoridad y, sin embargo, ser irrelevante para sus lectores contemporáneos a causa de su tema. Los análisis que llegaran a estas conclusiones, aunque contradictorios, resultarían válidos, a la vez que se complementarían recíprocamente,

dando así una visión más amplia del poema. Por esa razón resulta pertinente, y aun necesario, acercarse nuevamente a la obra de poetas que han marcado el rumbo de la literatura. No importa si existen ya estudios, numerosos o no: la polémica siempre será enriquecedora.

El presente texto parte de esas ideas para releer la poesía de León Felipe en el entendido, claro está, de que ya se ha estudiado seriamente el asunto desde perspectivas distintas.² Pretende, en lo particular, analizar el significado que tuvo en la poesía de León Felipe la Guerra Civil Española. No reflexiona sobre la guerra en sí misma³ y tampoco abarca la prosa de este autor, sino como apoyos argumentales. Tampoco es el propósito realizar un análisis sobre la participación específica de León Felipe en las filas republicanas, ni sobre el efecto que causó su obra en la sociedad española de aquel tiempo. Y si se esboza un panorama general, tanto de la vida del poeta, como del conflicto español, únicamente se hace con el fin de apuntar un contexto biográfico e histórico, razón por la cual esa parte del presente trabajo constituye una síntesis apretada de sucesos.

La poesía de León Felipe, nunca adscrita a las modas literarias españolas o universales de su tiempo, no representa, sin embargo, el caso de una obra aislada que haya perdido interés con el paso de los años. Muy por el contrario, constituye una obra perenne debido a que recoge una preocupación nunca caduca: la preocupación por el hombre que, en el caso de este poeta, se nutre de la tradición

humanista del Renacimiento que alcanzó en España su cumbre con el personaje inmortal de Cervantes.

León Felipe entendió que don Quijote sintetizaba la lucha del hombre por un mundo justo donde los valores más altos y las reivindicaciones sociales más elementales cobraran realidad. El interés del poeta por la Historia no fue sino consecuencia de su interés por el hombre, pues en el devenir histórico se actualiza la lucha del hombre por sus ideales. De ahí que la Historia fuera para él un símbolo de realidades que van más allá de la simple coyuntura, y de ahí también que el impacto que tuvo la Guerra Civil en su obra fuera tan significativo: tan digno de ser estudiado.

Por otra parte, el caso de León Felipe no fue excepcional. Muchos de los artistas españoles de su tiempo escribieron y participaron en la guerra desde el bando republicano. De ello queda constancia en revistas como *El Mono Azul* o como *Hora de España*⁴, en la que incluso León Felipe fungió como miembro del Consejo de Colaboración. Estos artistas partían de la idea de que de aquella confrontación armada tenía que surgir un mundo en el que el hombre pudiera desarrollar lo mejor de sí en condiciones materiales y espirituales propicias. Miembros de las generaciones del 98, del 27 y del 36 empeñaron sus plumas y sus vidas en esta idea. Con ellos León Felipe, a caballo entre las dos primeras.

Sin embargo, hay que hacer hincapié en que el poeta, aunque interesado en cuestiones históricas y políticas, no

deja de ser un poeta. Y su lenguaje no abandona su naturaleza metafórica. Si León Felipe se acercó al fenómeno de la Guerra Civil en sus textos, no lo hizo con los métodos del historiador, sino mediante el lenguaje sintético y metafórico de la poesía que deja constancia de un momento emocional único e irrepetible, si bien inserto en un contexto social. Por tal razón, el estudio de la obra poética debe tener en cuenta esto y partir de allí para su exposición.

La Historia en la Literatura, la Guerra Civil en la poesía de León Felipe constituye, pues, el campo de este ensayo. Se trata de dilucidar lo que en la poesía de este castellano se dice sobre el conflicto y, en todo caso, no pretende ser una disección, sino una invitación a repensar los poemas de León Felipe como textos vivos que fueron en su época y que aún lo son con la misma intensidad. Pues el problema del hombre es eterno, como válido en todo momento el acercamiento poético a dicho problema.

II. Esbozo biográfico e histórico

A. León Felipe

"No, no tiene biografía. Ni autobiografía tampoco. Su verdad y su vida no están en su prosa, están en su canción", dijo León Felipe acerca de Walt Whitman en las palabras preliminares a su traducción del Canto a mí mismo ("Habla el prólogo", p. 21). Y aunque esto resulta aplicable al propio León Felipe, y a pesar de que "Los grandes poetas no tienen biografía, / tienen Destino. / Y el Destino no se narra... / se canta..." ("Habla el prólogo", p. 22), es preciso dar aquí algunos datos acerca de su vida...

León Felipe Camino Galicia nació en Tábara, Zamora, el 11 de abril de 1884.⁵ Sus padres fueron Higinio Camino de la Rosa, notario, y Valeriana Galicia. Tuvo cinco hermanos: Cristina, Salud, María, Consuelo y Julio.

Pasó su primera infancia en Sequeros, Salamanca, donde se estableció su padre cuando él tenía apenas dos años de edad.

De la estancia en ese pequeño pueblo le quedaron dos experiencias importantes: el acercamiento a la Biblia a través de las imágenes que colgaban de los muros de la iglesia, y la familiaridad con el paisaje de Castilla, que lo influiría tan hondamente en su concepción del mundo (es la

tierra donde situará la "Gran Aventura" de don Quijote, de la cual se hablará más adelante).

Cuando tenía nueve años, en 1893, su familia se mudó a Santander. León Felipe no estuvo a gusto en ese lugar que, según se dice, era poco hospitalario y demasiado nacionalista. El futuro poeta concibió allí la idea de que el nacionalismo a ultranza no es bueno y empezó su desacuerdo con él. Atrás dejó su vida de viajes a caballo que realizaba con su padre, gracias al oficio de notario de éste. Empezó su peregrinaje.

En Santander realizó sus primeros estudios, e incluso terminó el bachillerato. Puesto entonces ante la disyuntiva de no estudiar más -idea que lo atraía, dado que nunca fue buen estudiante- o continuar, se decidió por esto último sólo para salir de ese lugar.

León Felipe quería ser cómico, pero su padre se opuso. Le dijo que podría hacer lo que gustara cuando tuviera una carrera. El futuro poeta, de entonces sólo dieciséis años, no insistió; lo que realmente deseaba con vehemencia era marcharse a Madrid. Y como no sabía a qué dedicarse, su padre se encargó de elegirle una profesión. Cuando un conocido suyo le comunicó que en una universidad de Santiago de Compostela había un letrero que decía "Padres: mandadme hijos burros; los haré boticarios", se decidió. León Felipe aceptó, pues también se podía cursar la carrera en Madrid.

Llegó a esa ciudad en 1900. Durante su estancia en el lugar se aficionó al teatro. Asistía todos los domingos al

Teatro Español, donde presencié una representación de *Hamlet* que lo impresionó profundamente. Quizás de allí arrancó su pasión poética -que aún permanecería latente durante muchos años-. Y su interés por la obra de Shakespeare.

Emplazado por su padre a terminar sus estudios o regresar a Santander, puesto que en dos años de estudio sólo había aprobado una asignatura, León Felipe se vio obligado a realizar lo que para él significó un gran esfuerzo. Lo último que quería en la vida era regresar a ese, para él, odioso lugar. Se licenció para complacer a su padre, de manera que pudo permanecer en Madrid estudiando un doctorado que constituía únicamente un pretexto para alargar su estancia en la ciudad.

En 1908 murió su padre de cáncer. León Felipe tuvo que regresar a Santander a hacerse cargo de una farmacia que éste le había instalado. Presintiendo su muerte, había querido asegurar el futuro de su esposa e hijas, por lo cual pidió dinero prestado para abrir la farmacia que sería el futuro sostén de la familia. Pero León Felipe no era un hombre organizado y la deuda fue creciendo...

Se sentía preso en Santander. Hasta los veinticuatro años no había tenido necesidad de trabajar y jamás había pensado dedicarse a la farmacéutica. No le satisfacía la vida superflua de esa sociedad y, aunque se enfrascaba en sus lecturas, no pudo permanecer allí. Un día su madre y sus hermanas no lo vieron más.

Se marchó a Barcelona, donde se dedicó al teatro. Se unió a la compañía de José Tallaví, luego a la de Juan Espantaleón... Recorrió España y Portugal. De esas experiencias proviene, tal vez, la teatralidad de sus poemas, la inclusión constante de un interlocutor.

Pero en una ocasión regresó a Madrid y allí alguien lo reconoció y lo denunció a la policía, que lo buscaba por tener deudas pendientes en Santander.

Lo trasladaron a aquel lugar, donde lo condenaron a tres años de prisión. León Felipe no protestó ni hizo nada para impedirlo. Sentía que un destino, una voluntad ajena a la suya, decidía su porvenir.

La estancia en la cárcel le aportó, sin embargo, algo positivo. Como tenía mucho tiempo, se dedicó a leer. Fue allí donde por vez primera conoció de modo directo e íntegro el Quijote. El texto lo impresionó tanto, que se dice que quizá surgió en ese momento su interés por la escritura, ya preludiado por el conocimiento de Shakespeare. De hecho, justamente entonces escribió sus primeras obras: sonetos sobre el personaje de Cervantes. .

Al salir de la cárcel, después de cumplir los tres años de condena, León Felipe era otro. La idea de la malhechura del hombre, que había aprendido a través de la doctrina cristiana desde niño, dejó de ser una simple teoría para convertirse en el producto de una experiencia terrible, como la que acababa de vivir. No era solamente el trato de ex-presidiario que le brindaba la sociedad; sino algo que

emanaba de su vivencia interna, surgido de su propia actuación; algo profundo, esencial. La idea de que el hombre es un ser imperfecto no lo dejaría jamás.

Su hermana Consuelo y su cuñado le abrieron otra farmacia en Valmaseda. Pero León Felipe no se sentía a gusto allí; era como si se repitiera la historia de Santander... En Valmaseda se enamoró de Irene de Lámbarri y un día volvió a abandonar a su familia para irse con ella a Barcelona.

Pero una vez allí empezó a no sentirse bien porque pronto se agotó el dinero que él llevaba, y ella tenía que pagarlo todo. De cualquier modo, Irene regresó al Perú, de donde era originaria.

Hacia 1918, el poeta fue de nuevo a Madrid. Poco tiempo después, su madre murió en Valladolid. El hecho lo afectó profundamente. Se le vino encima el recuerdo de que la había abandonado... Además, no tenía empleo ni se sentía capaz de conseguirlo. Ese año y el siguiente fueron tiempos de desamparo para León Felipe... Se hubiera dedicado a dejarse morir, pero una prostituta le brindó su protección.

En esa época, sus amigos artistas, que a la sazón frecuentaban el mismo café (La Vicaría, en Madrid), lo convencieron de que armara un libro con sus poemas para que Juan Ramón Jiménez le diera su opinión.

En ese entonces, Juan Ramón tenía treinta y nueve años; León Felipe, treinta y cinco. Casi no había diferencia de edad, y, sin embargo, mientras el primero ya era un poeta reconocido, León Felipe solamente era un provinciano con un

libro de poemas sin gracia. Juan Ramón le devolvió sin comentario sus papeles durante una visita de León Felipe en su domicilio. La visión de la pulcritud de la casa del poeta, de las atenciones que su esposa le dispensaba, junto con aquel elocuente silencio, sumieron a León Felipe en la depresión: había comparado su realidad con la de Juan Ramón. Destruyó aquel primer libro.

A finales de la primavera de 1919 se enteró de que en Almonacid de Zorita, Guadalajara, se solicitaba un regente de farmacia. Obtuvo el empleo. Realmente allí no hacía casi nada, pues más bien lo que necesitaba la dueña era el título de alguien para poder conservar su negocio. Y León Felipe lo tenía. De esa forma, el poeta contó con mucho tiempo libre, así como con una habitación agradable que describió en el poema "¡Qué lástima!" Allí nacieron los Versos y oraciones de caminante.

Regresó a Madrid con el texto y lo llevó al crítico Enrique Díez-Canedo, quien le dio una opinión muy favorable. Poco después leyó sus poemas en el Ateneo de Madrid, donde los poetas de vanguardia se reunían entonces. Lo de León Felipe no tenía nada que ver con lo que ellos escribían, pero los impresionó hondamente. *

En 1920 se publicó su libro, que le abrió las puertas del mundo literario en España. Hubiera podido dedicarse a vivir de la pluma, pero no quiso. Decidió salir de su patria hacia la Guinea Española, donde obtuvo un puesto de administrador de hospitales.

En ese lugar presenció la discriminación hacia los negros. Dos años después, durante unas vacaciones en Madrid, apareció en él, súbitamente, el deseo de irse a Nueva York.

Alfonso Reyes, quien en ese entonces se encontraba en España, le dio una carta de presentación para que pudiera llegar a México. León Felipe sólo veía a este país como un puente para ir a los Estados Unidos; así que la carta que Reyes le brindó, a petición suya, le resultó de gran utilidad. Sin un centavo en la bolsa se embarcó en la bodega del Colón hacia México.

Llegó en 1923, a los treinta y nueve años de edad. La impresión que el lugar le dejó fue muy buena, a pesar de que se encontraba en plena postrevolución. Aquí conoció a Pedro Henríquez Ureña, director de la Escuela de Verano de la Universidad Nacional de México, quien le ofreció unas clases. Conoció a Vasconcelos, a Antonio Caso, a Diego Rivera; y también a Berta Gamboa, profesora de español en Nueva York, quien se encontraba de vacaciones en México. Pronto se inició una relación amorosa entre ellos que no terminaría sino con la muerte de Berta, muchos años después.

Se marchó con ella a Nueva York y se casaron en Brooklyn ese mismo año de 1923.

Fue al año siguiente cuando León Felipe estudió, por primera vez, literatura de una manera formal, en la Universidad de Columbia. Más tarde ingresó como profesor de letras a la Universidad de Cornell.

Vivió seis años en los Estados Unidos, tiempo durante el cual se familiarizó con la lengua y la cultura de aquel país. Fue allí donde conoció la poesía de Whitman, que tanta influencia tendría sobre su obra. También conoció allí a Federico García Lorca.

En 1930 se editó en Nueva York el segundo tomo de *Versos y oraciones de caminante*. Luego volvió por un tiempo a México, donde impartió una cátedra sobre el Quijote en la Escuela de Verano. Por aquellos días, otra vez sintió el poeta incertidumbre sobre su lugar de residencia definitivo. Decidió regresar a su patria. Su viaje coincidió con el triunfo popular en las elecciones de abril de 1931 y con la reinstauración de la República.

Sin embargo, apremiado tal vez por la necesidad económica, viajó de vuelta a América. Impartió un curso en la Universidad de Las Vegas y luego regresó a México. Escribió *Drop a star*, producto de su estancia en los Estados Unidos. Fue publicado en 1933.

De 1934 a 1936 estuvo en España, en México y en Panamá, lugar, éste, donde impartía clases y fungía como agregado cultural de la embajada española cuando estalló la Guerra Civil. Decidió ir a dar su vida en el conflicto, si era necesario, a cambio de una transformación que permitiera al hombre convertirse en un ser digno. Escribió, a manera de despedida, el discurso poemático *Good-bye, Panamá!* No se le permitió leerlo por la radio, como era su propósito, pero fue

publicado el 5 de octubre de ese mismo año en el *Repertorio Americano*.

En octubre o noviembre viajó a España. Se instaló en Madrid, en la casa de la Alianza de Intelectuales. Le dieron una habitación en la parte alta de la casa, donde había una claraboya. Desde su cama podía ver pasar los aviones que iban a bombardearlos.

En la misma casa se encontraban Rafael Alberti y su esposa, y Emilio Prados, quienes no quisieron marcharse a Valencia como entonces lo hacía la mayoría de los intelectuales españoles.

A causa de una enfermedad, sin embargo, León Felipe tuvo que trasladarse a Valencia tiempo después, dado que su estancia en Madrid resultaba, en esas condiciones, más que una ayuda, un peso para sus compañeros. Por ese mismo tiempo, el gobierno republicano salió de Madrid.

Compuso entonces *La insignia*, poema en donde condenaba la división de las facciones republicanas y proponía que se abandonara todo distintivo. La única insignia válida, en ese momento -decía León Felipe- era una estrella, pero de sangre y en la frente; insignia del español que luchaba por la causa universal del hombre, más allá de todo interés mezquino.

El poeta quiso leer su poema en Valencia, pero no se le permitió. Tuvo que hacerlo en el teatro Metropolitan de Barcelona (el 28 de marzo de 1937). Al salir, alguien le robó el manuscrito y apareció enseguida publicado, en esa ciudad, con enmiendas y supresiones que adulteraban su sentido. El

poeta se apresuró a publicarlo, según su original, en Valencia, para desmentir aquella otra versión. Poco después compuso "Oferta" que, junto con *La insignia*, se considera como lo más importante que escribió en aquel período. Creada y publicada en plena Guerra Civil, "Oferta" se adelanta al fin de ésta. El poeta ofrece toda la sangre de España "por una gota de luz".

En 1938 tuvo que salir, esta vez de forma definitiva, de España. Debido a la derrota inminente de la causa popular, León Felipe cayó nuevamente en una terrible depresión.

Llegó a México en 1938 . En el Palacio de Bellas Artes leyó *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña*, compuesto durante la travesía. Ingresó a La Casa de España (hoy El Colegio de México).

A partir de ese año, León Felipe escribió y publicó el resto de su obra en el destierro. Fijó su residencia en México. Nunca regresó a España. Luis Rius relata, en su biografía, que una vez estuvo a punto de hacerlo en 1963 ó 64, pero decidió, en el último instante, no ir. Y aunque ya tenía incluso el boleto de avión, dos horas antes de que éste partiera, comunicó a familiares y amigos que no se marcharía, pues aun si Franco no gobernara más, España seguiría estando llena de su podredumbre.

En 1939 publicó el *Español del éxodo y del llanto* y "El hacha". En 1940, "El gran responsable"; en 1941, "Los lagartos" y una traducción libre de *El canto a mí mismo* de Whitman. En 1942 fundó, junto con Jesús Silva Herzog y otras

personas, los *Cuadernos Americanos*. En 1943 publicó *Ganarás la luz*, donde reunió y modificó algunos poemas ya editados. De 1946 a 1948 recorrió toda la América Hispana, excepto Honduras y Paraguay, donde no se le permitió entrar. En 1950 publicó *Llamadme publicano y*, a partir del año siguiente, escribió algunos textos para cine y teatro.

El año de 1957 estuvo marcado por la muerte de su esposa Berta Gamboa, compañera de todos sus exilios, hecho que lo sumió en una gran depresión. Le compuso entonces un poema, que se incluye en sus *Obras completas*. Al año siguiente publicó *El ciervo*, libro oscuro, lleno de pesimismo, en el que, sin embargo, se conserva una esperanza en el cambio del hombre y de la Historia. Y aunque se pensó que era su último libro, todavía publicó otros escritos... En 1965 vio la luz *¡Oh, este viejo y roto violín!*

Trabajaba en *Puesto ya el pie en el estribo*, cuando lo sorprendió la muerte el 18 de septiembre de 1968⁶, a la misma hora que el ejército mexicano invadía la Ciudad Universitaria. El hombre no había abandonado la malhechura que señalaba León Felipe, pero éste no dejó de buscarle una salida hasta el final.

B. La Guerra Civil Española

El 17 de julio de 1936, mientras León Felipe fungía como agregado cultural de su embajada en Panamá, tuvo lugar el levantamiento militar que marcaría el inicio de la llamada Guerra Civil.⁷ Era la culminación trágica de una serie de acontecimientos que se habían venido suscitando desde hacía más o menos cinco años.

En 1931 se reinstauró la República. Alfonso XIII abandonó el país -sin abdicar-; y quedó como presidente el gran propietario Alcalá Zamora. La monarquía cedió su lugar a un régimen republicano sin que lo esencial se hubiera transformado, pues los oligarcas y los grandes terratenientes conservaron el poder económico a través de sus históricos pilares: la Iglesia y el ejército. El pueblo se encontraba hundido en la miseria, y pesaba en el país un tradicionalismo y un atraso económico terrible.

La República reinstaurada enfrentó condiciones muy adversas. Al principio, los republicanos ganaron tímidamente algunos avances sociales. Sin embargo, después del triunfo de la derecha en las elecciones de 1933, se dio marcha atrás: se aplazó la reforma agraria, hubo una baja sistemática de salarios, etc. Fue el llamado "bienio negro" (1934-1936).

Hacia 1935, la coalición gubernamental de la CEDA (Confederación Española de las Derechas Autónomas) con el Partido Radical, entró en crisis. El presidente de la República, Alcalá Zamora -católico y conservador-, mandó

disolver las Cortes. Se llamó a elecciones para el 16 de febrero de 1936.

El panorama político en vísperas de las elecciones correspondía a una España que se escindía irremediabilmente.

Dentro de las corrientes políticas que defendían una postura derechista, aunque con diversos matices, se encontraban los monarquistas -alfonsistas y carlistas-, Acción Popular (partido católico, fundado por la Iglesia), la Falange (diferente del fascismo alemán e italiano por su apego a la Iglesia), y el Partido Radical (representante de los intereses de la pequeña burguesía contraria a la Iglesia y al ejército, que buscaba la renovación de España), entre otros.

Las organizaciones populares cubrían un espectro amplio. La CNT (Central Nacional del Trabajo), de carácter anarquista, y la UGT (Unión General de Trabajadores), socialista en su mayoría, marcaban la vida política española con mucho más fuerza que los partidos. Entre las organizaciones políticas se encontraban la FAI (Federación Anarquista Ibérica), fuertemente ligada con la CNT; el Partido Socialista (que en sí mismo contenía tendencias de derecha, centro e izquierda), el PCE (Partido Comunista de España), de poca fuerza en aquella época; y el POUM (Partido del Bloque Obrero de Unificación Marxista), organización de comunistas disidentes, minoritaria también. Junto a estas centrales y partidos, se hallaban también los movimientos autonomistas vasco y catalán, los que, aunque con otras

características, coincidieron con los antes mencionados en la necesidad de impulsar un gobierno con un matiz más democrático que les permitiera lograr sus aspiraciones de libertad. Además, estaban los republicanos, asimismo con diferentes tendencias.

Para arribar a las elecciones, los partidos de derecha formaron una alianza, a lo cual replicaron las izquierdas, en enero de 1936, con la construcción del Frente Popular. Constituido por los republicanos de izquierda, el Partido Socialista, el Partido Comunista y el POUM, entre otras organizaciones, contaba con un programa liberal que se mantenía dentro del marco burgués.

El 16 de febrero de 1936, el Frente Popular venció por pocos votos a la derecha. Depusieron a Alcalá Zamora y subió al gobierno Manuel Azaña, republicano de izquierda, a quien por entonces se le vio como una "doble garantía", pues, por su moderación, no permitiría excesos a los reaccionarios, pero tampoco dejaría que se produjera una revolución -ya temida en aquel momento-.

Después de las elecciones hubo una gran movilización popular. Por su parte, monárquicos, tradicionalistas y conservadores esperaban del ejército su "salvación".

Varios generales asumieron la tarea de organizar una sublevación, con la idea de evitar una posible revolución, y de mantener el estado de cosas a favor de los pudientes del país.

La respuesta del gobierno fue tibia e insuficiente. Se sabía entre dos fuegos -las organizaciones populares y la reacción-; y trató de moderarse para evitar una explosión. Pero el resultado fue el contrario.

El 17 de julio, el ejército de Marruecos -colonia española- se sublevó. En la península prendió la rebelión.

León Felipe, quien se encontraba en Panamá en esos momentos, se conmovió profundamente ante la situación de su patria. Impulsado por el afán de participar en la defensa de los intereses del pueblo, se trasladó a España de inmediato.

[...] me voy con ellos a dar mi vida porque el mundo así [...] no lo quiero; y mi carne, y mi sangre, y mi anatomía, y el espíritu que la mueve no los quiero tampoco si no hay en mí una voluntad y una esperanza de superación.

(León Felipe: Good bye, Panamá, en O.C., p. 948.)

Para el anochecer del 20 de julio las posiciones de ambos bandos estaban establecidas. El levantamiento en cuanto tal fracasó, pues en realidad había motivado lo que trataba de evitar: una revolución del pueblo. Lo que al principio fue una acción defensiva popular, pronto se convirtió en ofensiva. Comenzaba la Guerra Civil.

En Barcelona se veía el extremo del poder popular, el salto del hombre común al heroísmo del que León Felipe habló; pero en Madrid esa situación casi no era observable. Entre ambas ciudades existía un arcoiris de matices a lo largo del país.

El furor del pueblo se dirigió hacia la Iglesia, en un intento de destruirla como símbolo de la opresión secular que había favorecido -y no como representante de la doctrina cristiana-.

El obispo o el arzobispo [...] es el jerarca simbólico de todas las podridas dignidades eclesiásticas de España: el que [...] lleva al templo la política [...] y afianza bien las ametralladoras en los huecos de los campanarios para dispararlos contra el hombre religioso, contra el poeta que dice:

¿Dónde está Dios? Rescatémosle de las tinieblas.

Porque...

Dios que lo sabe todo

es un ingenuo

y ahora está secuestrado

por unos arzobispos bandoleros

que le hacen decir desde la radio:

"Hallo! Hallo! Estoy aquí con ellos."

Mas no quiere decir que está a su lado

sino que está allí prisionero.

(León Felipe: Español del éxodo y del llanto, en O.C., pp. 119-120.)

En gran parte del país empezaron a funcionar los comités populares para dirigir la acción en contra del levantamiento militar, tomando en sus manos tanto funciones ejecutivas como legislativas.

Pronto surgieron, asimismo, las milicias, constituidas a partir de sindicatos y partidos. Con su gran entusiasmo, a menudo escapaban del control gubernamental. El gobierno, para entonces, subsistía de una manera más formal que real.

Entre julio y agosto no existió una acción dirigida realmente en conjunto, puesto que, a pesar de que las diversas facciones se unían para ejecutar un plan

determinado, una vez concluido éste, cada quien regresaba a la defensa de su propia línea política...

León Felipe encontraría en esa división una de las causas de la derrota del pueblo en la Guerra Civil, y un reflejo de la malhechura del hombre, razón por la cual recurrió repetidas veces al tema en su poesía.

Vencen y han vencido siempre en la Historia inmediata, el pueblo y el ejército que han tenido un punto de convergencia, aunque este punto sea tan endeble y tan absurdo como una medalla de alumino bendecida por un cura sanguinario.

*Es la insignia de los fascistas.
Esta medalla es la insignia de los fascistas.
Una medalla ensangrentada de la Virgen.
Muy poca cosa.*

*Pero, ¿qué tenéis vosotros que os una más?
(León Felipe: La insignia, en O.C., p. 932.)*

En el plano militar, parecía existir una situación de delicado equilibrio, que pronto se rompió gracias a la intervención extranjera. El gobierno francés, presionado por los ingleses, expuso la idea de firmar un compromiso para que las potencias europeas no intervinieran en el conflicto bélico. Esto, que hubiera podido ser saludable, en los hechos resultó nefasto para republicanos y revolucionarios: Alemania e Italia, aunque formalmente se adhirieron al Comité de No Intervención, en la práctica continuaron ayudando a los militares rebeldes, mientras que un posible apoyo a la República quedó bloqueado. Portugal apoyó también a los

nacionalistas. En lo sucesivo, sólo ellos recibieron recursos del exterior.

*Si Hitler tiene aviones,
si Mussolini armamento,
si Portugal se nos vende
pagándoselo a buen precio,
Franco, Mola y Cabanellas
tendrán contante dinero.⁸*

La relación de fuerzas en septiembre del 36, desequilibrada a favor de los militares, hizo pensar a la mayoría de los observadores políticos que la toma de Madrid resultaba inminente. No obstante, Franco -quien a la sazón se había erigido en adalid del movimiento, después de la desaparición de los generales que lo encabezaban originalmente- decidió postergar la toma de la capital en virtud de un ataque al Alcázar (Toledo).

En el otoño de 1936, el problema central para republicanos y revolucionarios era la constitución de un poder único que dirigiera las acciones contra los rebeldes. La duplicidad de poderes entre el gobierno y los comités tenía que resolverse.

Otra cuestión que se planteaba urgente para las fuerzas republicanas, era la de si debía continuar o no la revolución. La falta de un poder único que dirigiera las acciones bélicas con éxito, así como la situación

internacional, provocaron que un número significativo de españoles se inclinara por detenerla.

Francia e Inglaterra, por su parte, se negaban a apoyar a una España revolucionaria, contraria a sus intereses; mientras que la entonces URSS, gobernada por Stalin, tampoco quiso apoyarla por estar dirigida, en gran parte, por los disidentes comunistas del POUM, y por los anarquistas, sus adversarios políticos; razón por la cual se adhirió al Comité de No Intervención.

El 4 de septiembre, un comunicado anunció la dimisión de Giral y la formación de un nuevo gobierno del Frente Popular presidido por Largo Caballero. Perteneciente al ala izquierda del Partido Socialista, su gobierno asumió la tarea de liquidar la duplicidad de poderes y de presentar un aspecto "respetable" ante las potencias europeas. Disolvió los comités -no sin encontrar gran resistencia-, reconstituyó la policía y militarizó las milicias; todo lo cual implicó una regularización de las instituciones.

La URSS, animada por el restablecimiento del poder legal, decidió ayudar a la República hacia mediados de septiembre.

Los anarquistas terminaron por incorporarse al gobierno, presionados por la situación, y los comunistas, por su parte, ganaron influencia, gracias a su programa de defensa de la legalidad.

A pesar de los esfuerzos de Largo Caballero, la caída de Madrid parecía inevitable para septiembre de 1936. El gobierno se trasladó a Valencia.

Se produjo entonces una resistencia casi milagrosa, apoyada por las Brigadas Internacionales, que se constituyeron al margen de los gobiernos de sus países de procedencia. Y Franco, quien había declarado que no bombardearía a la población civil, lo hizo. Fue una masacre.

*Traicionándote de franco
traidor a tu misma causa,
fuiste dos veces traidor:
a tu sangre y a tu patria,
que a España no se defiende
con la traición emboscada,
asesinando a un pueblo,
que es el alma de su alma.
¡Traidor Franco, traidor Franco,
tu hora será sonada!⁹*

Más tarde, la defensa de la ciudad se puso en manos de las instituciones formales. Los nacionalistas, por su parte, no intentaron más tomarla directamente. La sitiaron.

*¡Ay ciudad, ciudad sitiada,
ciudad de mi propio pecho:
si te pisa el enemigo,
será para verme muerto!
Castillos de mi razón
y fronteras de mi sueño:
mi ciudad está sitiada,
¡entre cañones me muevo!¹⁰*

Poco tiempo después, cayó el gobierno de Largo Caballero, debido más a la situación política que a la bélica. Una vez detenida la revolución, se intentó dar un paso más: revertirla. Y si bien Largo Caballero no aceptó volver a desatar la revolución, por temor a perder la guerra, tampoco quiso arrebatarse a los trabajadores, al iniciar una lucha abierta contra la revolución, sus razones para ganarla.

En Cataluña privaba una situación diferente a la del resto del país: allí subsistía lo esencial de las conquistas revolucionarias. A causa de la polarización de fuerzas en esa región se produjo un enfrentamiento, conocido como las "jornadas de mayo".

El PC presionó a Largo Caballero para que proscribiera al POUM (participante en las jornadas). Como éste se negara, se profundizaron sus contradicciones con los comunistas. El presidente quedó aún más aislado y terminó por renunciar.

Lo sucedió el gobierno de Juan Negrín, en cuya gestión no participaron ni la CNT ni la UGT. Militante del Partido Socialista, cercano a Indalecio Prieto -es decir, al ala más moderada-, Negrín defendía la propiedad capitalista y se oponía a la colectivización. Las reacciones de las potencias europeas le fueron favorables.

Negrín decretó la disolución del POUM. Una cacería de brujas se desató contra sus militantes. Las oposiciones restantes comenzaron a ser liquidadas una a una.

A pesar de estas medidas, la España "democrática" y "respetable" de 1937 siguió tan aislada como la revolucionaria de 1936.

*Españoles,
españoles que vivís el momento más trágico de toda
nuestra
Historia,
¡estáis solos!
¡Solos!
El mundo,
todo el mundo es nuestro enemigo [...]
(León Felipe: La insignia, en O.C., p. 933.)*

El conflicto de España había cobrado el carácter de confrontación ideológica, dado que permitió alianzas y reacomodos entre las potencias mundiales. En ese sentido, fue el prólogo de la Segunda Guerra Mundial.

El Comité de No Intervención, para entonces, se había convertido en una farsa. Los países del Eje seguían enviando apoyo a los fascistas; mientras que la URSS volvió a quedar a la expectativa después de la crisis del gobierno de Largo Caballero.

Inglaterra, por su parte, creyó inconveniente tomar partido debido a sus intereses económicos, actuación que propiciaría que León Felipe se refiriera a ella en su poesía como la "vieja raposa avarienta".

Abajo quedas tú, Inglaterra,
 vieja raposa avarienta,
 que tienes parada la Historia de Occidente hace más de
 tres
 siglos,
 y encadenado a Don Quijote.
 (León Felipe: La insignia, en O.C., p. 939.)

Después del fracaso de Franco en el intento de tomar Madrid, así como de su táctica de desgaste, optó por tomar uno a uno los reductos republicanos. Se eligió el norte como objetivo inmediato, dado su aislamiento y la división entre una Asturias revolucionaria y un Euzkadí conservador y católico. Otra razón de peso fue que en el norte se encontraba la mayor parte de la industria metalúrgica.

La campaña contra el norte se realizó de marzo a septiembre de 1937. Para el 26 de abril, la aviación alemana bombardeó Guernica, capital religiosa del País Vasco. El hecho causó conmoción mundial.

Con la victoria de Franco en el frente del norte, quedó claramente trazada la línea divisoria entre las dos Españas. En adelante los nacionalistas controlaron el oeste y el noroeste; sus territorios formaron un solo bloque.

La jerarquía eclesíastica, que hasta entonces había adoptado una postura cautelosa ante el conflicto, se declaró a favor de los fascistas el 1^{ero} de julio de 1937, en la *Carta colectiva de los obispos españoles*, en la que se daba el carácter de "santa cruzada" a la causa militar... León

Felipe hablaría amargamente de la intervención de la Iglesia, que con su ayuda facilitó la victoria de los nacionalistas.

*Vino la guerra.
Y para hacer obuses y torpedos
los soldados iban recogiendo
todos los hierros viejos
de la ciudad. Y Pedro,
el Gran Conserje Pedro,
le dijo a un soldado: Tomad esto...
Y le dio las llaves del templo.
(León Felipe: Ganarás la luz, en O.C., p. 281.)*

Así, el partido único creado por Franco (la Falange Española Tradicionalista), la Iglesia y el ejército se constituyeron en los pilares de la España nacionalista. Estado totalitario, que no admitía oposiciones, en realidad no fue fascista en el sentido en que Alemania e Italia lo eran. Del fascismo sólo conservó las formas; era un pretexto para que España tuviera sus sueños de grandeza. Pero, en realidad, lo que se escondía tras el Estado totalitario de Franco era la oligarquía de siempre, los grandes propietarios, la antigua aristocracia.

El año de 1937 marcó un proceso paralelo en los gobiernos de Valencia (republicano) y de Burgos (fascista) hacia la construcción de un poder fuerte y central que desechaba el movimiento como vía de acción. La guerra en España cobró un carácter tradicional.

Más tarde, la batalla de Teruel, ganada por Franco, rompió el equilibrio de fuerzas. A continuación se produjo la

ofensiva contra Aragón, que significó el salto de la guerra de posiciones a un ataque generalizado.

Después de la derrota de los republicanos en Aragón sobrevino una crisis al interior del gobierno, pues, mientras los socialistas de Indalecio Prieto pensaban que era hora de negociar la rendición, los comunistas y el presidente Negrín se opusieron, ya que para ellos el hecho de seguir peleando representaba una esperanza de ganar.

Los republicanos planearon, a continuación, un ataque regional en la zona del Ebro, para distraer al ejército nacionalista del centro y para demostrar al extranjero que, de desatarse una guerra mundial, las fuerzas en España todavía estaban equilibradas. La ofensiva resultó un fracaso.

Los nacionalistas atacaron Barcelona. El desánimo, así como las condiciones materiales, ayudaron a los nacionalistas a vencer. La rendición incondicional de Cataluña marcó la agonía de la República.

Se desencadenó el éxodo hacia Francia, incluso del gobierno. De todas formas, éste resultaba ya inútil, puesto que no había quien ejecutara sus órdenes.

Después de una suerte de golpe de Estado, ya en el extranjero, se conformó la Junta Casado para negociar la rendición. Sin embargo, Franco no aceptó negociar y pronto extendió su poder a toda España.

En marzo de 1939 concluyó la Guerra Civil. La causa del pueblo había sido derrotada...

España está muerta. La hemos asesinado
entre tú y yo.

(León Felipe: Español del éxodo y del llanto, en O.C.,
p. 131.)

III. El hombre lucha desde la sombra por ganar la luz con sus
lágrimas

Para León Felipe, el hombre es un ser imperfecto, como un gusano que todavía no se convierte en mariposa. Vive en las sombras, en un sentido tanto material como espiritual. Esto es, vive en un mundo de injusticia social, a la vez que en un estado espiritual pobre en valores éticos positivos. Esta concepción acerca del ser humano se expresa ya claramente en *Drop a star*, cuando el poeta exclama:

¡Oh, y cómo veríamos el mundo,
la desnudez, la transparencia de la Verdad y la Belleza
si no estuviese ahí,
tumbado en el aire,
manchando la luz,
mordiéndome mis ojos,
el humo,
el perro negro de la injusticia humana!
(*Drop a star*, en O.C., p. 100.)

La malhechura del hombre proviene de su "primer nacimiento", que significa un proceso original del cual el ser humano surge todavía imperfecto, lo que lo conduce a construir una sociedad injusta, imperfecta como él. De esta forma, la malhechura del hombre no se presenta como una esencia, sino como una circunstancia, un estado perfectible. Pues si la malhechura no es inherente al hombre, si solamente es una característica de su estadio actual, queda abierta la

posibilidad de que el ser humano se transforme a sí mismo, de que pugne por convertirse en un ser digno, como el gusano que deviene mariposa. Por esa razón León Felipe insistirá en que el "cántaro" -el ser humano- debe rehacerse una y otra vez:

Hay que empezar otra vez desde el Génesis como si nada
hubiese sido antes.
¡Cuántas veces al orgulloso cántaro lo habrán hecho...
deshecho... rehecho...
y cuántas veces todavía
tendrán que hacerlo... deshacerlo y rehacerlo de nuevo!
(El ciervo, en O.C., p. 365.)

La concepción del ser humano como una criatura perfectible implica una Historia cuyo curso puede ser modificado en un sentido positivo. La Historia, así, no resulta cíclica ni repetitiva, pues eso implicaría el que el hombre tampoco pudiera cambiar. El hombre quedaría eternamente malhecho, en las sombras, sin convertirse en mariposa. León Felipe expresa su desacuerdo con esa Historia cíclica desde su primer libro

¡Qué
pena
si esta vida
tuviera
-esta vida
nuestra-
mil años
de existencia!...
¿Quién la haría hasta el fin
llevadera?
¿Quién la soportaría toda
sin protestas?...

¿Quién lee diez siglos en la Historia
y no la cierra
al ver las mismas cosas siempre
con distinta fecha?...

(Versos y oraciones...,¹¹ en O.C., p. 64.)

El poeta desarrollará esta idea a través de toda su obra, hasta llegar a la formulación de que el hombre puede salir por una tangente que rompa el ciclo y, así, transformar una sociedad que lo sujeta a los valores más bajos:

Es cuando el niño inventa la tangente, Señor
Arcipreste,
la puerta mística de los caballeros del milagro,
de los grandes aventureros de la luz,
de los divinos cruzados de la luz, de los poetas
suicidas, de los enloquecidos y los santos
que se escapan en el viento en busca de Dios para
decirle
que ya estamos cansados todos, terriblemente cansados
de la noria y el reloj,
del hipo violáceo del tirano,
de las barbas y las arrugas eternas,
de los inmóviles pecados,
de este empalagoso juguete del mundo,
de este monstruoso, sombrío y estúpido regalo,
de esta mecánica fatal, donde "lo que ha sido es lo que
será
y lo que ayer hicimos, lo que mañana hagamos".

(El ciervo, en O.C., p. 376.)

De la existencia de una tangente que rompa con la mecánica fatal que se enuncia en el *Eclesiastés*,¹² se deduce que hay un medio por el cual el hombre puede modificar el estado de injusticia social en que se encuentra el mundo, así como lo deplorable que en él existe en un sentido ético.

En León Felipe hay, sobre todo, verdadera esperanza en el cambio por venir. Un cambio que no es cuantitativo, sino cualitativo. Una especie de "salto" o milagro que compara, con frecuencia, con el gusano hecho mariposa. Parte de la idea de la "malhechura" del hombre, al decir de Luis Rius, o del "barro mal cocido", al decir del propio poeta. Lo que es decir que parte de la crítica del presente, de una radical inconformidad humana y social [...], y de la visión de una sociedad posible.¹³

El medio para alcanzar esa sociedad posible será, por supuesto, la lucha, la batalla incesante y tenaz por ella. Y un motor principal para poner al ser humano en el camino de la lucha es, en la poesía de León Felipe, el llanto, en el sentido de que éste puede elevar al hombre a un grado más alto de conciencia.

De la amiba a la conciencia se asciende por una escala
de llanto.
Y esto que ya lo saben los biólogos
lo discuten ahora los poetas.
Han llorado la almeja y la tortuga,
el caballo,
la alondra
y el gorila...
Ahora va a llorar el hombre.
El hombre es la conciencia dramática del llanto.
(Ganarás la luz, en O.C., p. 209.)

Existen diversos caminos para llegar a la conciencia, desde luego; la observación, la experiencia o la investigación pueden ser formas válidas... Pero hace falta algo más para concientizarse; se puede observar, saber desde lejos, como quien mira a través de una ventana, y no por ello adquirir conciencia. El matiz que diferencia al conocimiento simple de la conciencia radica en que el hombre consciente se

compromete con lo que ha llegado a saber, mientras que el que solamente conoce guarda su información en un archivo muy parecido al de las enciclopedias. El hombre con conciencia asume que el hecho conocido le atañe personal y socialmente; ha aceptado su realidad como un hecho para, a partir de allí, actuar con rebeldía inteligente. Asumir algo no significa conformarse con ello, sino afrontarlo...

Y es precisamente el llanto un empuje idóneo para la concientización del hombre, puesto que, a la vez que surge del conocimiento de una realidad dolorosa, cimbra al ser humano, lo conmueve en lo más íntimo, permitiendo de esa forma que se asuma de manera plena el hecho conocido o, dicho en otras palabras, que el hombre se comprometa con su realidad. Es ésa la razón de que el llanto constituya para León Felipe cimiento primordial para el cambio.

Por supuesto que el llanto solo no transformará las cosas según la concepción de este poeta, sino que representa solamente el primer empuje para dicha transformación. No constituye tampoco condición ineludible ni mucho menos única para que el hombre luche por un cambio; pero lo que sí resulta claro es que el poeta privilegia al llanto sobre otros posibles motores para la mencionada lucha.

Y es que el llanto en la obra de este poeta salva la disyuntiva que encuentra ante sí el hombre doliente: permanecer con su pena (conocer su realidad y conformarse con ella) o intentar transformarla (asumir su realidad, pero no conformarse; actuar para transformarla a partir de su

aceptación). León Felipe descarta la primera alternativa -extraña e inconcebible en su poesía- para optar por la segunda.

Mi llanto no es gemido,
no es hipo ni moqueo
de velorio. Yo no lloro
por los vivos ni los muertos.
Mi llanto es un designio,
una ley... la ley salvadora del esfuerzo.
(*Ganarás la luz*, en *O.C.*, p. 222.)

Así, el llanto se erige como elemento dinámico: lo dinámico es lo que se mueve, lo que no permanece en su estado actual, y eso es precisamente lo que posibilita el llanto para este autor. Extraña, ya se dijo, resulta para él la concepción estática en la que el llanto significa resignación, pues esto desembocaría en la desesperanza, y hay que recordar que la obra de León Felipe se construye siempre a partir de la creencia en un camino abierto para la transformación.

La idea del llanto como elemento impulsor para la lucha por el cambio alcanza su máxima expresión dentro de la poesía de León Felipe en *Ganarás la luz*. En este libro se sistematiza la concepción del llanto como instrumento que el hombre utiliza para combatir la sombra de la injusticia. Si se acepta que el llanto puede ser móvil para la concientización y, en consecuencia, para la acción que ésta provoca, se entiende en qué sentido el llanto puede concebirse como un instrumento. Una de las metáforas más importantes en *Ganarás*

la luz es aquélla en que el llanto se identifica con la espada; la espada como instrumento bélico que podrá utilizar el hombre para luchar por un mundo mejor (la conciencia adquirida mediante el dolor como arma de la lucha social):

La vida es una lucha entre las sombras y mi llanto.
Vendrán hombres sin lágrimas...
pero hoy la lágrima es mi espada.

Vencido he caído mil veces en la tierra,
pero siempre me he erguido apoyado en el puño de mi
espada.
[...]

El llanto no me humilla.
Puedo justificar mi orgullo:
el mundo nunca se ha movido
ni se mueve ahora mismo sin mi llanto.
(Ganarás la luz, en O.C., p. 213.)

El llanto, el dolor hecho conciencia impulsora, es lo que ha permitido al hombre continuar tenaz en su batalla a lo largo de los siglos. Por eso es razón de orgullo y no de humillación.

Asimismo, León Felipe identificará al llanto con una moneda con la cual el hombre "compra" a Dios la luz.

Dios no es más que un vendedor,
un vendedor de esclavas,
y la luz, una esclava...
¡La Esclava!
Lágrimas,
lágrimas,
lágrimas...
el dinero del pacto,

el tesoro del arca,
 el precio de la luz...
 ¡el rescate orgulloso de la Esclava!
 (Ganarás la luz, en O.C., p. 215.)

¿Pero de qué luz habla León Felipe en su poesía? ¿Y por qué es Dios quien la mantiene presa?

En la obra de este autor, la luz se identifica siempre con valores positivos, tanto históricos como filosóficos. Históricos, como la justicia social, la dignidad de la vida material del hombre; filosóficos, como la dignidad del ser humano, esta vez en un sentido espiritual.

Otro concepto con el cual se identifica la luz en los textos de León Felipe es el conocimiento, un conocimiento que podría llamarse *supremo*, puesto que es el que permite que el hombre obtenga la respuesta a sus cuestionamientos eternos (¿quién soy?, ¿para qué nací?, ¿qué es el ser humano?, etcétera). Este conocimiento no debe ser confundido con el conocimiento elemental que subyace a la toma de conciencia, y del cual ya se habló; puesto que si aquél es el principio del camino, para llamarlo de alguna forma, éste es el final o destino último.

Como es notorio, los significados de la palabra "luz" son múltiples y no puede afirmarse que uno solo sea el definitivo. No obstante, sí puede subrayarse que todos ellos se inclinan hacia un campo semántico: la meta de mejoramiento a alcanzar por parte del hombre, tanto individualmente, como de forma social, tanto en lo material, como en lo espiritual.

Ahora bien, el hecho de que, para León Felipe, Dios sea el que mantiene prisionera a la luz significa que el hombre tiene que luchar no sólo contra la imperfección de la sociedad que él mismo ha construido, sino también contra lo que él llama el "silencio de los dioses". Este "silencio" acerca de un destino a la griega, en el cual está trazada a priori y de manera férrea la vida del hombre, representa la justificación de las desgracias del ser humano; el "respaldo" teológico con el cual se autoengaña la humanidad ante las desgracias que ella misma crea (la injusticia social, por ejemplo). León Felipe luchará siempre contra ese "silencio" de los dioses o de las estrellas: así, su meta a alcanzar, se repite, será el conocimiento supremo en el cual hallen respuesta las interrogantes fundamentales y se descarte el destino como justificante. Ningún dios mantendrá más alejado ese conocimiento del hombre, pues éste lo habrá ganado o "comprado" por medio de la lucha a la que lo ha movido su dolor.

Margarita Murillo, sin embargo, identifica en su tesis al dolor con el camino hacia Dios; y a éste con la luz: "Es el dolor el gran camino para llegar a la divinidad porque es el único que borra los obstáculos de la vanidad y la soberbia de la vida, es el instrumento que aclara la visión egoísta del hombre."¹⁴ Pero el llanto no significa, en sentido estricto, redención en la obra de León Felipe, ni Dios es identificable con la luz. Si bien la divinidad es una constante en los textos del poeta, ésta se plantea en un

continuo cuestionamiento, no sólo a la institución que la representa en la tierra -la Iglesia-, sino también a la esencia misma de Dios. El poeta no fue ateo, evidentemente; pero su Dios era un ser al que se le podía -y se le debía- preguntar sobre el "misterio", al que una y otra vez se tenía que acudir por el camino de la oración o de la blasfemia, es decir, a través de la palabra, para llegar a saber el significado de lo que hoy no tiene explicación, de la presencia del "ciervo" herido al que siempre persiguen las jaurías del rey: la injusticia que priva en el mundo.

Creo en las lágrimas, en el poder del llanto. Es éste, el llanto, la única arma del hombre para luchar con Dios. Yo no creo en Dios; creo en el hombre, en el hombre derrotado, crucificado, sin redención. Arriba de mi cama tengo una cruz, una cruz sin Cristo, una cruz en la que pueden caber todos los hombres. Mi propia cruz.¹⁵

La imagen que mejor define a León Felipe, en cuanto a su visión de la lucha del hombre contra el misterio divino, es la que él mismo menciona al hablar de Edipo: un hombre que, en su caída al abismo, no deja de preguntar a los dioses "¿por qué?"

Edipo avanza agarrado a las sombras, golpeando la tierra con su báculo, las cuencas tenebrosas secas ya y vacías, maldiciendo y blasfemando. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué he venido yo a ser el asesino de mi padre y el amante de mi madre? Los dioses se espantan y reculan. Tal vez no es la hora de hablar... Silencio... Edipo avanza todavía. ¿Por qué? ¿Por qué? Va a golpear en la puerta de su destino y ya no debe dar un paso más. No es la hora de hablar todavía... y la tierra se abre cortándole el paso. Los cielos se encabritan y sólo la tormenta le

acompaña. Edipo cae al abismo que le espera a sus plantas para engullirlo, y todavía, en el aire, su cuerpo de pelele baja gritando hasta lo más profundo de la sima: ¿Por qué? ¿Por qué?... ¿Por qué?... ¡Y nadie le responde!

Nadie le responde entonces. Pero han pasado los siglos, y los hombres y la ciencia han recogido su dádiva, su lamento y su interrogación. Mañana las estrellas no se combinarán ya más para que caiga sobre el hombre justo una condena monstruosa e inexorable... Mañana se producirá la gran metáfora sideral.

(Ganarás la luz, en *O.C.*, p. 232.)

El significado que entraña la metáfora sideral (y la poética y la social) se analizará en el siguiente capítulo. Baste, por ahora, con insistir en que la actitud de León Felipe hacia la divinidad es de cuestionamiento, de duda, de búsqueda. Dios era, para él, un ser al que se le tenía que interpelar para, al final, saber si en verdad es el poseedor de la luz (del conocimiento supremo):

[...]

la palabra es un ladrillo. ¿Me oísteis?... ¿Me ha oído usted, Señor Arcipreste?

Un ladrillo. El ladrillo para levantar la Torre... y la Torre tiene que ser alta... alta, alta, alta... hasta que no pueda ser más alta.

[...]

Hasta que ya entonces no quede más que un ladrillo solo,

el último ladrillo... la última palabra,

para tirársela a Dios,

con la fuerza de la blasfemia o la plegaria...

y romperle la frente... A ver si dentro de su cráneo está la Luz... o está la Nada.

(*El ciervo*, en *O.C.*, p. 364.)

Es por sus cuestionamientos hacia la divinidad que León Felipe se identifica con Job¹⁶ en "La blasfemia es un señuelo" (*Ganarás la luz*, en *O.C.*, p. 200) y utiliza la figura de este personaje bíblico en "¡Que hable otra vez!" (*Ganarás la luz*, en *O.C.*, pp. 203-204) para llamar a Jehová al diálogo.

Todas las lenguas en un salmo único,
todas las bocas en un grito único,
todos los ojos en un llanto único
y todas las manos en un ariete solo
para derribar la noche,
para rasgar el silencio,
para echar de nosotros la sombra...
¡para que hable de nuevo Jehová!
¡Habla!... ¡Habla!
¿No hablaste ya un día para responder a los aullidos
de un solo leproso?
Pues habla ahora con más razón,
[...]
ahora que toda la Humanidad
no es más que una úlcera gafosa, delirante y
pestilente,
ahora que toda la costra de la Tierra es una llaga
purulenta y Job el leproso colectivo.
(*Ganarás la luz*, en *O.C.*, pp. 203-204.)

Y en el "Diálogo entre Jehová y el hombre" (*Ganarás la luz*, en *O.C.*, pp. 204-205) parafrasea al libro de *Job*, haciendo que esta vez sea Jehová el interrogado.

Una entidad así cuestionada en la poesía de León Felipe no puede ser siempre identificable con la luz. La luz está fuera de todo cuestionamiento en su obra: es una meta clara.

Y la luz, en sus múltiples acepciones (justicia social, dignidad material y ética humana, conocimiento supremo), es

posible a través del llanto, el cual significa dolor hecho conciencia que mueve al hombre a la lucha por un mundo mejor, y no una expiación de una vanidad concebida a lo cristiano, tal como asevera Margarita Murillo.

Por último, hay que remarcar que una de las acepciones de la palabra luz (la que la concibe como justicia social) será privilegiada en el presente texto, dada la íntima relación que esa justicia social o luz tuvo con la Guerra Civil Española en la obra de León Felipe. Esto no quiere decir que esta acepción de la luz sea la única, y ni siquiera la más importante: dejando a un lado las jerarquías, la luz concebida como justicia social es la que atañe a la elaboración de un análisis acerca de lo que significó la Guerra Civil en la poesía de este autor.

Así, pues, la justicia social será la meta a alcanzar, remarcada una y otra vez en la poesía de León Felipe. Una sociedad igualitaria o "Edad de Oro" -como la llama, a la cervantina, en algún pasaje- será lo que impulse al hombre a la batalla...

León Felipe, como Rocinante, se moverá para alcanzar la justicia:

No soy el héroe
pero le llevo sobre el magro espinazo de mis huesos...
y le oigo respirar...
y he aprendido a respirar como él...
y a relinchar,
y a blasfemar
y a injuriar
y a maldecir...

¡Oh hi-de putas!
¿Cómo es aquel relincho, americanos?
aquél que empieza:
¡¡Justíiiiiii... cia!!

(*Rocinante*, pp. 51-52.)

Y para este poeta, la justicia puede existir, y no es sino amor. "Por amor se hacen las revoluciones y se establece la política. Lo llamamos justicia, pero no es más que amor." (*El payaso...*, p. 47.)¹⁷

IV. Metáfora poética, metáfora social, metáfora sideral

León Felipe concibe al poeta como una especie de profeta, en el sentido de que es el primero en vislumbrar lo por venir, no por dotes adivinatorias, sino porque es el primero en exponer las fallas del mundo actual y, por lo tanto, en proponer uno mejor en todos los sentidos. De ahí que "[...] cuando las cosas no son lo que deben ser, lo que pueden ser, el mecanismo metafórico del poeta es el primer signo revolucionario. Y antes denuncia nuestras miserias el poeta que el moralista." (*Ganarás la luz*, en *O.C.*, p. 229.) El poeta echa mano de la metáfora para dar a entender a los hombres que algo está funcionando mal.

[...] uno es escribir como poeta y otro como historiador: el poeta puede contar o cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna.¹⁶

Estas palabras del bachiller Sansón Carrasco en *Don Quijote*, que plasman con exactitud la idea del poeta descubridor del *deber ser*, coinciden con la idea de León Felipe, y quizás hasta la inspiren, pues para éste el hidalgo manchego constituye un punto de partida en la concepción del poeta como denunciador-propositor.

Con respecto a don Quijote, dice León Felipe que su primera aventura

surge cuando el poeta se encuentra con la realidad sórdida del mundo, después de salir de su casa, llevando en la mano la Justicia. Cuando llega a la venta. [...]

Don Quijote se encuentra en la venta con un albergue sucio e incómodo, con un hombre grosero y ladrón, con unas prostitutas descaradas, con una comida escasa y rancia y con el pito estridente de un castrador de puercos. Y dice en seguida: Pero esto no puede ser el mundo; esto no es la realidad, esto es un sueño malo, una pesadilla terrible... esto es un encantamiento. Mis enemigos, los malos encantadores que me persiguen, me lo han cambiado todo. Entonces su genio poético despierta, la realidad de su imaginación tiene más fuerza y puede más que la realidad transitoria de los malos encantadores, y sus ojos y su conciencia ven y organizan el mundo no como es sino como debe ser. Se produce entonces la gran metáfora poética que anuncia ya la gran metáfora social. Porque cuando Don Quijote toma al ventero ladrón por un caballero cortés y hospitalario, a las prostitutas descaradas por doncellas hermosísimas, la venta por un albergue decoroso, el pan negro por pan candeal y el silbo del capador por una música acogedora, dice que en el mundo no debe haber ni hombres ladrones ni amor mercenario ni comida escasa ni albergue oscuro ni música horrible, y que nada de esto habría si no fuese por los malos encantadores. Estos encantadores se llaman de otra manera. Don Quijote sabe muy bien cuál es su nombre exacto, pero para denunciarlos se vale también de una metáfora.

(Ganarás la luz, en O.C., pp. 229-230.)

La metáfora poética, de esta forma, modifica en la denominación la realidad grosera en lo que debería ser: una realidad de justicia, en la que el ser humano pueda desarrollar lo mejor de sí para llegar a ver la luz un día. El poeta utiliza el recurso de unir dos elementos disímiles -que en este caso se contraponen- para dar vida a uno nuevo.¹⁹

En el caso del Quijote los elementos que se ponen en juego son: la realidad grotesca de la sociedad y una sociedad digna deseable. Se nombra a la primera por medio de la segunda para crear una nueva perspectiva: la sociedad deseable que se actualiza por medio de la acción. Es por eso que León Felipe asegura que esta metáfora poética anuncia ya a la social, pues marca en sí misma una meta a alcanzar: un mundo en el que el ventero vil sea un caballero, en el que la prostituta sea una doncella, en el que el silbo del capador devenga una música agradable. Con esto se sienta un precedente importante para la transformación del estado de injusticia -de entonces y de ahora-, pues ésta parte a menudo de una idea enunciada para la actuación, si bien puede modificarse en la praxis. La metáfora poética actúa conjuntamente con el llanto: mediante ambos se logra la concientización del hombre.

Por otra parte, al prever los sucesos, el poeta se convierte -como ya se dijo- en un profeta. León Felipe se identifica con Jonás en *Ganarás la luz*. Jonás es el profeta que en la Biblia anuncia la destrucción de Nínive, misma que no se cumple porque los habitantes modifican su conducta.²⁰ Dice León Felipe:

Y no canto la destrucción:
apoyo mi lira sobre la cresta más alta de este
símbolo...
Yo soy Jonás.

(*Ganarás la luz*, en O.C., p. 190.)

León Felipe no es un cantor de desgracias, ni un profeta de destrucciones. No es tampoco el que llora por el mal pasado. Si menciona la amenaza que se cierne sobre el mundo, sobre España, si llora, es, precisamente, para exorcizar su realización, a la manera de Jonás. El poeta español alerta a la sociedad, la sacude, la llama a luchar por la luz, a ganar la Edad de Oro que mencionaba don Quijote. Pero la Edad de Oro a la que aspira León Felipe no es pretérita, sino futura.²¹

"Dichosos tiempos y dichosa Edad aquélla... en que lo tuyo y lo mío eran palabras desconocidas..."
 "Dichosa edad aquélla" ...
 ¿Qué edad era aquélla?
 ¿Es una edad pretérita o futura?
 ¡No hay tiempo en las parábolas!
 Y aquélla edad... ¡vendrá!
 No ha sido... será.
 Vendrá porque los cabreros la piden y la defienden con fe como quería Jesucristo.

Cervantes dice que los cabreros no entendieron aquel discurso de la Edad de Oro... Pero sí lo entendieron. Ahora estamos viendo que sí lo entendieron. Porque todo lo que se disputa y por lo que se lucha hoy en el mundo es porque el hombre viva un día como en esa Edad de Oro [...]

(¡Oh, ese viejo...!, pp. 28-29.)²²

La aspiración de construir una Edad de Oro en que lo "tuyo" y lo "mío" sean palabras desconocidas coincide, en intención, con la sociedad sin clases de Marx, a la que Max Aub llama

mito al analizar algunas ideas que intervinieron en el desarrollo de la poesía española contemporánea: "[...] en la segunda mitad del siglo XIX, va a nacer otro mito -o, mejor dicho, a renacer-, un mito mediterráneo; lo crean Carlos Marx y los suyos: el de una Edad de Oro de una sociedad sin clases."²³ Sin embargo, el hecho de que León Felipe coincida con el marxismo en que la sociedad buscada debe ser aquélla en que no exista lo "tuyo" ni lo "mío", no significa que se pueda identificar el ideario del poeta con dicha doctrina. León Felipe entendía que el cambio debía ir más allá de lo económico y social -aunque lo incluyera necesariamente para poder realizarse-; el cambio debería tener un carácter trascendental.

¿Queréis que el poeta prometeico hable más alto y más claro? ¿Que se exprese de una manera dialéctica? Pero el poeta prometeico no es un orador de mitin. Y no es urgente, no es necesario todavía extenderle un carnet. Nadie debe decir: este poeta es marxista, porque entonces la Poesía perdería elevación. El poeta prometeico está con vosotros ¿qué más queréis? Vuestra pequeña revolución económica y social de hoy cae, se defiende y se prolonga bajo la curva infinita de su vuelo.

(Ganarás la luz, en O.C., p. 230.)

Con esto, León Felipe no niega la validez del marxismo, sino que expresa que, aunque el poeta prometeico y el marxista caminen en la misma dirección, se diferencian en que el primero busca *siempre* fines que rebasan lo puramente económico y social.

Ahora bien, esa sociedad justa, sin clases, en la que el hombre se pueda convertir en un ser sin miserias de tipo alguno, sólo surgirá a partir de la acción conjunta que se fundamenta en el deseo socializado de alcanzar dicho objetivo. Se da por descontado que del deseo solo no nacerá una sociedad nueva; pero el consenso de un número significativo de personas acerca de la necesidad de un cambio sí constituye un punto de partida para la acción.

Cuando el deseo de transformar la sociedad se vuelve imperativo común, cuando la sed de justicia se expande, el hombre doméstico y corriente, el de la vida diaria, da un salto cualitativo, pasa a la lucha por la realización de su deseo: se convierte en héroe. Es cuando entra en juego lo que León Felipe llama el "genio poético prometeico",²⁴ que

[...] es aquella fuerza humana y esencial que en los momentos fervorosos de la Historia puede levantar al hombre rápidamente,
 de lo doméstico a lo épico,
 de lo contingente a lo esencial,
 de lo euclidiano a lo místico,
 de lo sórdido a lo limpiamente ético.
 (El payaso..., p. 25.)

Por medio de esta fuerza se crea la gran metáfora social; en palabras de Reyes Dávila: la revolución. Metáfora social de cambio, de la metamorfosis del gusano en mariposa, del segundo nacimiento del hombre que León Felipe expresaba en *Drop a star*. La tradición de esta metáfora social es tan

antigua como la Biblia, pues proviene de ella directamente, según la opinión de León Felipe:

Pero he aquí que llegan ahora unos hombres extraños,
 los revolucionarios prometeicos,
 el hombre heroico que dice: no hay retóricas;
 el verbo lírico de Cristo y de todos los poetas
 prometeicos del mundo no es retórica;
 es un índice luminoso que nos invita a la acción y al
 heroísmo.
 Y esta metáfora del camello y de la aguja,
 del pobre y del rico,
 tiene un sentido que desentrañado y realizado, puede
 llenar, si no de alegría, de dignidad la vida del
 hombre.

(*El payaso...*, p. 52.)

El hombre doméstico se hace heroico a través del salto cualitativo que engendra el "genio poético prometeico". Se pasa, entonces, de la bacía del barbero -símbolo de lo cotidiano y grosero-, al yelmo -símbolo del héroe, del guerrero-.²⁵ El hombre transita de una vida sumisa en una sociedad injusta a una batalla férrea por la transformación.

León Felipe retomará más tarde esta idea en *¡Oh, este viejo y roto violín!* Ahí se propone una "Gran Aventura" de don Quijote que Cervantes no relató: la de la conversión del hombre en un ser beatífico, divino, digno portador de un halo. En la Gran Aventura, el poeta da un paso más, pues no solamente se busca ya la transformación material de la vida del hombre, sino su transformación espiritual.

La originalidad de esta "Gran Aventura" consiste en que Cervantes llevó a sus personajes inmortales al deseo de convertir lo común y casero -representado en la bacía del barbero- en el yelmo, símbolo supremo del ideal de la España caballeresca. Cervantes se quedó ahí, y está bien porque el español de los siglos de Cervantes vivía alimentando su espíritu con hazañas y aventuras en las que podía mostrar las virtudes y habilidades que lo encumbraran a ser el caballero en su más alta significación espiritual, social y política. Pero León Felipe no se quedó conforme con ese paso poético dado por Cervantes. Quiso ir más allá, y entonces, por medio de una "intrépida metáfora demiúrgica" fue a la transformación del yelmo en halo, con toda la significación que en España tiene no solamente lo religioso sino lo místico.²⁶

Esta Gran Aventura se identifica con la metáfora sideral: el cambio esencial del hombre, la trascendencia de su transformación. El ser humano alcanzará con ella la deseada luz, en su acepción de conocimiento supremo.

Así, mientras la metáfora poética y el llanto concientizan al hombre y lo hacen vislumbrar el objetivo a conseguir; la metáfora social lo pone en acción, mediante una lucha objetiva, para alcanzar su meta, es decir, la luz en cuanto justicia material. Por último, es a través de la metáfora sideral como se logra ganar la luz, concebida ésta como respuesta final, filosófica a las preguntas fundamentales del hombre. Es ésa la razón de que estas metáforas sean pensadas como pasos o escalones de un proceso por alcanzar una luz en la que confluyen todos los valores semánticos asignados a esta palabra en la poesía de León Felipe.

En el último escalón del proceso hacia la luz, el hombre se hace digno a los ojos de la divinidad -según la concepción de León Felipe- o, dicho de otra manera, puede conversar con los dioses y éstos deben ya contestarle. Es cuando las "estrellas dictatoras", de las que el poeta habló en *Ganarás la luz*, dejan de regir la vida de los hombres; es cuando "las estrellas no se combinarán ya más para que caiga sobre el hombre justo una condena monstruosa e inexorable..." (*Ganarás la luz*, en O.C., p. 232.) Cuando el hombre no emplea más la justificación teológica, fundamentada en el destino, para aplacar su conciencia ante la injusticia que él mismo provoca, puede ya cuestionarse a sí mismo y a los dioses, y éstos estarán en el deber de responderle. Edipo no caerá más al abismo preguntando "¿por qué?" y Jehová dará una respuesta satisfactoria a Job.²⁷ El hombre sabrá si en el cráneo de Dios está la Luz o la Nada, y él mismo, convertido en dios, hallará la explicación última de su existencia, es decir, el conocimiento supremo del que se habló en el capítulo anterior. En ese sentido, el hombre se equiparará con los dioses: poseerá la explicación de su existencia, habrá comido el fruto del árbol de la sabiduría sin que esto sea motivo para su expulsión del Paraíso...

Subraya esta idea León Felipe, cuando menciona que cada hombre es, potencialmente, un dios. Dice el poeta a Cristo:

Sí, tú nos enseñaste que el hombre es Dios...
Un pobre Dios crucificado como tú...

Y aquel que está a tu izquierda en
el calvario, el mal ladrón

también es un Dios.

(Puesto ya el pie..., pp. 100-101.)²⁸

La intrépida metáfora demiúrgica (la IMD, según la nomenclatura del propio León Felipe), de la que habla en *Rocinante*, se identifica con la metáfora sideral de *Ganarás la luz* o con la Gran Aventura de *¡Oh, este viejo y roto violín!*, pues es la que conduce al hombre a la posibilidad de portar el "halo". Mediante ella, el hombre adquiere un carácter divino -de ahí surge el término de metáfora "demiúrgica"-, no en sentido literal, sino en el sentido poético de que el ser humano, libre ya de las cadenas que él mismo se impone al actuar vilmente, resulta equiparable con un dios: puede crear su propia realidad digna.²⁹

Sin embargo, el hecho de que la metáfora sideral tenga un sentido trascendente no significa que León Felipe se olvide de lo humano. Al contrario, es cuando lo poético y lo social, lo histórico, se unen para encontrar un estado óptimo en el que el hombre encuentre al fin la respuesta a sus preguntas fundamentales. Puesto que la IMD no es retórica:

Esto es otra cosa. Esto no es una metáfora verbal. Aquí no se juega con palabras. Es el hombre de carne y hueso el que está en juego. [...] Y fue entonces también cuando pensé que tal vez un día con el hombre español se pueda hacer algo aceptable a los ojos de la Divinidad. Porque todo el libro es un milagro. La poesía con la I.M.D. es siempre para un gran poeta, un acto puro y sin trampa de alta y divina prestidigitación.

(*Rocinante*, pp. 31-32.)

A través de este acto de "alta y divina prestidigitación" el ser humano es capaz de ver la luz. El salto de la metáfora poética a la social y, de ahí, a la sideral significa el paso de las sombras a la luz, con toda la carga semántica que el poeta da a este vocablo. Dicho en palabras del propio León Felipe:

La I.M.D. es poética
mística
dinámica
mecánica
genésica
Estamos en las mismas entrañas del Génesis
¡genésica!
No hay retórica. ¡Vamos hacia el milagro!
Bacía, yelmo, ¡halo!...
este es el orden, Sancho.

(*Rocinante*, p. 34.)

V. La Guerra Civil Española en la poesía de León Felipe como metáfora social de la lucha del hombre por la luz³⁰

En 1936, León Felipe se encontraba en Panamá como agregado cultural de la embajada española. A raíz de la insurrección militar en contra del gobierno republicano, decidió volver a su patria y, a manera de despedida, compuso el discurso *Good bye, Panamá!* para exponer las razones de su retorno a España:

Hay unos hombres que dicen que no lo hemos ensayado todo, que aún hay esperanzas y que aún se puede luchar por un mundo mejor. Pues bien, señores, estos hombres, aunque sean ilusos, valen más que los otros. Y yo me voy con ellos a dar mi vida porque el mundo así [...] no lo quiero; y mi carne, y mi sangre, y mi anatomía, y el espíritu que la mueve no los quiero tampoco si no hay en mí una voluntad y una esperanza de superación.

(*Good bye, Panamá!*, en O.C., p. 948.)

La consecuencia del poeta con sus ideas fue total en aquel momento. Como la gran mayoría de los artistas españoles,³¹ se adhirió a la causa republicana. Pero, ¿cuál era, para León Felipe, la causa republicana? Había una sola causa: la del hombre que luchaba por la luz.

[...] si León Felipe vuelve a España con la República y, más tarde, al comienzo de la Guerra Civil es, en consecuencia, para marcar su adhesión con una España en camino hacia la realización de formas de justicia social y valores más humanos, o como diría el poeta, en camino hacia la "luz".³²

Y el hombre digno, libre para ver la luz, habría de nacer del dolor que engendraba la guerra de España.

Estos comerciantes del Corte Inglés y del Bazar Español creen que los hombres se hacen como los pantalones. Los hombres se hacen en esos laboratorios de angustia y de heroicidad que ahora están funcionando muy bien en España [...].

(Good bye, Panamá!, en O.C., p. 950.)

La causa del hombre se identificaba, pues, con la causa de "la Esclava": la luz que sólo mediante el dolor dirigido se gana, que se conquista con la batalla por la justicia:

También éstas son lágrimas que valen.
Y las que estrangularon ellos
cuando subieron al patíbulo.
Nadie nos explicó. Muy callado, unos hombres dijeron:
fueron leales a "la causa",
¡por "la causa del caudillo" murieron!
Yo dije: No. No hay causas rojas ni blancas.
Los caudillos no son más que pretextos.
¡Por la Esclava!...
También éste es dinero
para el rescate de la Esclava... ¡Por la Esclava!
¡por "la causa de la Esclava" murieron!

(Ganarás la luz, en O.C., p. 216.)

A los compatriotas de León Felipe los había picado "la mosca española de los sueños", de la que el poeta habla en *Rocinante*; la "mosca" que picó a los místicos, a los pícaros y a los conquistadores; la que hace que alguien se vaya hacia arriba, hacia el patíbulo, hacia tierras lejanas o hacia la

locura (pp. 56-59). Es decir, la fe que mueve al hombre a no renunciar nunca a un sueño, a no renunciar a la concepción de lo que debe ser el mundo y, por lo tanto, a no conformarse con la chatura de la realidad. La fe en la justicia, el afán de no desistir hasta conseguirla, hizo que España, como Rocinante, "relinchara" durante la guerra:

¿Cuándo fue cuando al conjuro solo
de la palabra "Justicia"
diste aquel
rabioso relincho, Rocinante?
¡Oh, qué relincho!
¿Quién ha relinchado nunca así?
¡España... una vez relinchaste de ese modo!
¿Cuántos años hace?
No sé... Pero bien se me alcanza
que ya nunca más volverás a relinchar de esta manera.
(Rocinante, p. 41.)

En 1968 se publicó esto. Cerca de treinta años habían pasado de la Guerra Civil cuando aún el poeta no oía "relinchar" otra vez así a su patria. Pero el "relincho" de la guerra, así como el de Rocinante, había sido tan contundente que todavía resonaba y resuena ahora mismo en el mundo. La justicia, bandera de Rocinante, también lo era del Caballero de la Mancha, al que León Felipe equiparó, asimismo, con España. Pues ésta, en el momento del conflicto, resultaba, al igual que don Quijote, un "clown" del que casi todo mundo reía por exigir justicia.

¿Es que España y Don Quijote son dos cosas distintas hoy? Decidlo vosotros. Que lo diga el mundo. ¿No es Don Quijote un loco, el loco de la justicia? ¿No es un clown, el payaso de las bofetadas? ¿Qué otra cosa es ahora España?

(*El payaso...*, p. 33.)

La postura del "payaso de las bofetadas" que era España consistía, según la visión de León Felipe, en alcanzar la justicia que, como derecho inalienable del hombre, debería estar por encima de todo, hasta de las facciones políticas. En el mismo libro, dice más adelante: "Oídllo todos. Oídllo los rojos y los blancos. No tenemos otra. Es la doctrina de la justicia contra todo. Y por encima de todo." (*El payaso...*, p. 56.) Puesto que por la justicia "se hacen las revoluciones y se establece la política. Lo llamamos justicia, pero no es más que amor". (*El payaso...*, p. 47.) Sin embargo, lo que se pedía no era tan sólo la justicia material, sino algo que la sobrepasaba y la incluía a la vez; el nacimiento de un nuevo hombre y la transformación espiritual de la que hablaba Rosa Luxemburg estaban en juego: "Una verdadera revolución social requiere una transformación espiritual de las masas degradadas por siglos de dominio de la clase burguesa".³³ Coincidiendo con esta idea, León Felipe declara: "Vosotros los políticos materialistas queréis que coman todos; pues el poeta quiere que vean todos. [...] Y hay que darle al hombre el pan y la luz, las dos cosas juntas." (*Ganarás la luz*, en *O.C.*, p. 294.) Como es notorio, el poeta entendía que la guerra del pueblo español se libraba por una justicia

¿Es que España y Don Quijote son dos cosas distintas hoy? Decidlo vosotros. Que lo diga el mundo. ¿No es Don Quijote un loco, el loco de la justicia? ¿No es un clown, el payaso de las bofetadas? ¿Qué otra cosa es ahora España?

(*El payaso...*, p. 33.)

La postura del "payaso de las bofetadas" que era España consistía, según la visión de León Felipe, en alcanzar la justicia que, como derecho inalienable del hombre, debería estar por encima de todo, hasta de las facciones políticas. En el mismo libro, dice más adelante: "Oídlo todos. Oídlo los rojos y los blancos. No tenemos otra. Es la doctrina de la justicia contra todo. Y por encima de todo." (*El payaso...*, p. 56.) Puesto que por la justicia "se hacen las revoluciones y se establece la política. Lo llamamos justicia, pero no es más que amor". (*El payaso...*, p. 47.) Sin embargo, lo que se pedía no era tan sólo la justicia material, sino algo que la sobrepasaba y la incluía a la vez; el nacimiento de un nuevo hombre y la transformación espiritual de la que hablaba Rosa Luxemburg estaban en juego: "Una verdadera revolución social requiere una transformación espiritual de las masas degradadas por siglos de dominio de la clase burguesa".³³ Coincidiendo con esta idea, León Felipe declara: "Vosotros los políticos materialistas queréis que coman todos; pues el poeta quiere que vean todos. [...] Y hay que darle al hombre el pan y la luz, las dos cosas juntas." (*Ganarás la luz*, en *O.C.*, p. 294.) Como es notorio, el poeta entendía que la guerra del pueblo español se libraba por una justicia

material, sí, pero también por las condiciones espirituales así surgidas que le permitieran al hombre parirse a sí mismo y constituirse en un ser digno.

La sublevación de los militares, al fracasar como tal, había desencadenado una revolución popular³⁴ que encarnaba la lucha del hombre por la luz que León Felipe había vislumbrado en su poesía anterior al conflicto, sobre todo en *Drop a star*, donde enuncia un necesario "segundo nacimiento" del hombre que venga a liberarlo del "perro negro" de la injusticia.

[...] el problema para comprender el verdadero sentido que tuvo la participación del poeta durante la guerra civil consiste en que lo que comenzó como una defensa del régimen constitucional frente a la insurrección militar pronto se convirtió, en el campo republicano, en una verdadera revolución.³⁵

Así, pues, con la insurrección popular española, con esta revolución, la idea de la lucha del hombre por la luz cobró concreción histórica. La idea no constituía ya una simple intuición o metáfora poética; España entera se debatía por la luz y, con ella, León Felipe. La lucha por la dignidad humana se hizo historia una vez más de manera sangrienta durante la Guerra Civil. *Una vez más*, puesto que la lucha es eterna:

El problema eterno de España, el de ayer y el de hoy y el que no ha resuelto todavía, no es el problema del imperio, sino el problema del hombre. [...]

El hombre es lo que vale. Pero el hombre medido por su capacidad de transbordo y por su capacidad prometeica. No hay otras medidas. Y esta guerra nuestra de hoy, lo mismo que todas las guerras civiles de España, se alza, se encona y se prosigue para buscar al hombre, al hombre que se había hundido y ocultado bajo no sé qué capas de fango.

(*El payaso...* , pp. 36-37.)

La única manera de liberarse del fango de la injusticia que aparecía en ese momento para España era su revolución. Puesto que lo que se debatía, al entender del poeta, no era una causa política, sino la causa misma del hombre.

[...] la guerra será inevitable, no porque España la provoque, como decís vosotros, sino porque la justicia lo exige. No es España la que está ultrajada y crucificada, sino la justicia misma. [...] no se trata de que triunfe este o aquel español, sino de salvar al hombre. El mundo entero se ha vuelto, entero como nunca, contra el principio generador y organizador del universo, que es la justicia [...]"

(*El payaso...* , p. 57.)

A través de ese camino de lágrimas y de sangre, el hombre se debatió heroicamente por la luz. Los campesinos, los obreros, el pueblo español en general había saltado de la "bacía" al "yelmo", había dejado atrás lo cotidiano para entrar en el terreno de lo heroico, reivindicando, así, sus derechos más elementales: la posesión de la tierra, la formación de consejos en los que pudiera decidir libremente sobre los asuntos de su incumbencia. De allí que, para León Felipe, el conflicto sobrepasara los límites de lo político para cobrar

la envergadura de un movimiento que concretaba la profecía poética de la batalla del hombre por ganar su dignidad.

Los acontecimientos que observó a diario lo llevaron a asumir hasta sus últimas consecuencias esta idea, cuando en "Oferta" (más tarde rebautizada como "Diré como murió") pone en boca de España estas palabras:

Estrellas,
vosotras sois la luz,
la Tierra una cueva tenebrosa
sin linterna.. y yo tan sólo sangre,
sangre,
sangre...
España no tiene otra moneda:
¡Toda la sangre de España
por una gota de luz!

(Ganarás la luz, en O.C., p. 252.)

Sólo mediante su dolor hecho conciencia y acción podía el gusano convertirse en mariposa; sólo mediante la lucha armada podía el español en aquel momento conquistar la justicia. La metáfora social se dio, para León Felipe, en el sentido primero que entraña esa expresión: la unión de dos términos disímiles para construir, en el terreno de lo social, una nueva realidad. Los términos que se unieron fueron la cruenta realidad de España, por un lado, y por otro, el ideal de justicia por el que luchaban los mejores españoles de esos años. La realidad nueva a construir sería aquella que surgiese de la confrontación de la crudeza político-social del momento con el objetivo que movía al pueblo: es decir, se

pretendía el logro o la concreción de ese objetivo. Un mundo donde el hombre, digno ya, pudiera liberarse de la historia repetitiva del *Eclesiastés* o del hado que llevó a Edipo a convertirse en amante de su madre y asesino de su padre sin saber el porqué. La revolución española, para León Felipe, miraba de esa forma hacia algo que trascendía a lo estrictamente político, aunque tuviera forzosamente que incluirlo.

Hay la grande y eterna revolución y las pequeñas revoluciones. Y toda revolución, por pequeña que sea, ha de mirar hacia arriba y prender su ideal político y pasajero, del gran ideal indeleble y eterno del hombre. No se puede hacer ninguna revolución mirando a la tierra solamente. Si luchamos por el pan nada más, sólo habrá guerras y rapiña. Y la Historia no será más que un eterno "quítate tú de ahí para que me ponga yo".

(*El payaso...*, p. 24.)

Pero si la revolución de España había cobrado ya, a los ojos del poeta, el carácter de una metáfora social, ésta tenía que tender, forzosamente, hacia la metáfora sideral, hacia el "halo". El hombre debería preguntarse, en ese momento, sobre el significado de su existencia; debía encontrar una respuesta a sus interrogantes.

Las revoluciones se hacen para restaurar la justicia y para colocar a cada hombre en su lugar. No se hacen tan sólo para resolver un problema de desigualdad económica y social, sino para resolver el gran problema del hombre. Y no se hacen solamente contra las dictaduras humanas, sino contra la dictadura de las estrellas

pretendía el logro o la concreción de ese objetivo. Un mundo donde el hombre, digno ya, pudiera liberarse de la historia repetitiva del *Eclesiastés* o del hado que llevó a Edipo a convertirse en amante de su madre y asesino de su padre sin saber el porqué. La revolución española, para León Felipe, miraba de esa forma hacia algo que trascendía a lo estrictamente político, aunque tuviera forzosamente que incluirlo.

Hay la grande y eterna revolución y las pequeñas revoluciones. Y toda revolución, por pequeña que sea, ha de mirar hacia arriba y prender su ideal político y pasajero, del gran ideal indeleble y eterno del hombre. No se puede hacer ninguna revolución mirando a la tierra solamente. Si luchamos por el pan nada más, sólo habrá guerras y rapiña. Y la Historia no será más que un eterno "quítate tú de ahí para que me ponga yo".

(*El payaso...*, p. 24.)

Pero si la revolución de España había cobrado ya, a los ojos del poeta, el carácter de una metáfora social, ésta tenía que tender, forzosamente, hacia la metáfora sideral, hacia el "halo". El hombre debería preguntarse, en ese momento, sobre el significado de su existencia; debía encontrar una respuesta a sus interrogantes.

Las revoluciones se hacen para restaurar la justicia y para colocar a cada hombre en su lugar. No se hacen tan sólo para resolver un problema de desigualdad económica y social, sino para resolver el gran problema del hombre. Y no se hacen solamente contra las dictaduras humanas, sino contra la dictadura de las estrellas

también. [...] Las revoluciones se hacen contra el silencio de los dioses y los designios implacables de los hados sobre todo.

(*El payaso...*, p. 23.)

Es por esa concepción acerca de las revoluciones -expresada por el poeta en las líneas citadas-, que Luis Rius señaló en su biografía de León Felipe:

Claro que León Felipe luchó por la República; eso se da por descontado. Lo que importa es recordar el profundo significado que para él esa guerra tenía, y que iba mucho más allá de una contingencia histórica, por grave que ésta fuese; se trataba de una lucha de alcance prácticamente teológico: la del hombre por su salvación, y, por momentos, no la percibió siquiera como la lucha del hombre español, sino como la del hombre del mundo entero. La causa del hombre era la única que podía importarle [...]³⁶

Así, pues, la Guerra Civil Española, si era ganada, sería el primer escalón para llegar a los dioses y tumbarles su silencio. Sería el primer paso para la salvación del hombre, para la realización de sus mejores valores, puesto que una condición ineludible para que esto se dé es la de la justicia social.

Sin embargo, la Historia habría de demostrar que en la Guerra Civil el hombre no ganaría la luz, y que, por lo tanto, había que concientizarse aún más mediante el dolor. Había que reflexionar en las consecuencias de la defensa a ultranza de los intereses de las facciones políticas, de las

prerrogativas de clase, de los intereses extranjeros...

Había, entonces, que "llorar" más...

VI. Todavía hay que llorar

El hecho de que la revolución y la guerra contra los nacionalistas se desarrollaran de una manera simultánea puso a los republicanos ante una terrible encrucijada, como ya se mencionó. Múltiples factores plantearon el dilema de detener la revolución o proseguirla. Para muchos, la única solución viable fue su liquidación.

Para León Felipe, la aniquilación de la revolución y la derrota de la República, más tarde, significaron la pérdida de la oportunidad del hombre para ganar la luz. No se había perdido toda oportunidad, pero sí aquella. A raíz de los hechos que acontecían infelizmente en su patria, compuso el discurso poemático *La insignia*, que leyó el 28 de marzo de 1937 en el teatro Metropolitan de Barcelona ante cerca de cuatro mil personas.³⁷ En él se pronunciaba en contra de la división entre las facciones republicanas, llamaba a la concientización de lo que aquella fractura representaba, y vituperaba violentamente la rapiña que se había desatado en la retaguardia republicana. Su tono fue agitador; no de otra forma podía sacudir a los españoles en ese momento. Tenía que gritar y desgarrarse la garganta porque la causa del hombre -según la concepción del poeta-estaba siendo pisoteada por intereses mezquinos. Del momento heroico que el pueblo había alcanzado con su sangre, se retornaba nuevamente a lo vil.

Se va de lo doméstico a lo histórico,
 y de lo histórico a lo épico.
 Este ha sido siempre el orden que ha llevado la
 conducta del español en la Historia

[...]

Pero ahora,
 en esta revolución,
 el orden se ha invertido.
 Habéis empezado por lo épico,
 habéis pasado por lo histórico
 y ahora aquí,
 en la retaguardia de Valencia,
 frente a todas las derrotas,
 os habéis parado en la domesticidad.
 Y aquí estáis anclados,
 Sindicalistas,
 Comunistas,
 Anarquistas,
 Socialistas,
 Troskistas,
 Republicanos de Izquierda...
 Aquí estáis anclados,
 custodiando la rapiña
 para que no se la lleve vuestro hermano.

(*La insignia*, en *O.C.*, pp. 931-932.)

Con el regreso a la domesticidad, el salto de la metáfora social a la sideral se detuvo, según entendió y expresó León Felipe en su obra. Consecuentemente, para él no había posibilidad de un paso adelante en la conquista de la dignidad del hombre ante los dioses y ni siquiera ante él mismo. La lucha del hombre por la luz representada por la metáfora social de la revolución española se revirtió debido, entre otras causas, a la división entre las corrientes políticas que constituían el bando republicano. Y puesto que la causa del hombre había encontrado defensores sólo entre este bando, el nacimiento de una sociedad justa no podía surgir sino de él. A él había que apelar entonces.

¿Dónde está el hombre?
 ¿Dónde está el español?
 Que no he de ir a buscarlo al otro lado.
 El otro lado es la tierra maldita, la España maldita de
 Caín aunque la haya bendecido el Papa.
 Si el español está en algún sitio, ha de ser aquí.
 Pero, ¿dónde, dónde?...
 (La insignia, en O.C., p. 932.)

El único bando del que podía nacer, dignificado, el hombre,
 se encontraba fracturado y no poseía una insignia única que
 lo representara, como en cambio sí la tenían los fascistas.

Vencen y han vencido siempre en la Historia inmediata,
 el pueblo y el ejército que han tenido un punto de
 convergencia, aunque este punto sea tan endeble y tan
 absurdo como una medalla de aluminio bendecida por un
 cura sanguinario.
 Es la insignia de los fascistas.
 Esta medalla es la insignia de los fascistas.
 Una medalla ensangrentada de la Virgen.
 Muy poca cosa.
 Pero, ¿qué tenéis vosotros ahora que os una más?
 (La insignia, en O.C., p. 932.)

Había entonces la necesidad de unificar a los republicanos
 para salvar la causa del hombre. Una única insignia debía
 simbolizar esa unión. El poeta propuso que una estrella de
 sangre fuera la insignia unificadora de los republicanos.

Ya no hay insignias domésticas,
 ya no hay insignias de latón.
 [...]
 ¡Que les quiten a todos los carnets!

Ya no hay más que un emblema.
 Ya no hay más que una estrella,
 una sola, SOLA y ROJA, sí,
 pero de sangre y en la frente,
 que todo español revolucionario ha de hacérsela
 hoy mismo,
 ahora mismo
 y con sus propias manos.

(*La insignia*, en *O.C.*, pp. 934-935.)

Esta estrella roja simbolizaría la unión de los hombres en la
 batalla revolucionaria por la luz. Debía, en consecuencia,
 ser voluntaria.

Una estrella de sangre roja,
 de sangre roja española.
 Que no haya ya quien diga:
 esa estrella es de sangre extranjera.
 Y que no sea obligatoria tampoco.
 [...]
 Es un tatuaje revolucionario, sí.
 Yo soy revolucionario,
 España es revolucionaria,
 Don Quijote es revolucionario.
 [...]
 Es un tatuaje revolucionario,
 pero español.
 Y heroico también.
 Y voluntario, además.
 Es un tatuaje que buscamos sólo para definir nuestra
 fe.
 No es más que una definición de fe.

(*La insignia*, en *O.C.*, pp. 936-937.)

León Felipe no hablaba retóricamente en *La insignia*. Su
 propuesta de hacerse una estrella roja en la frente iba en
 serio. Dice a Luis Rius durante una plática:

[...] Hay que hacerse una estrella roja, pero de sangre y en la frente. Y... estaba yo tan conmovido entonces y habían pasado tales cosas, que le digo a mi mujer: "Esto que estoy diciendo..." -lo digo en el poema también-: "Esto no es retórica. Ahora nos vamos a ir todos a las fraguas, con los... con un hierro encendido, con una navaja, ¡con lo que sea!, se hace todo el mundo una estrella de sangre en la frente, pero de sangre..." ¡Era una cosa! Mira, si hubiera habido un pueblo, eso se hace, y se acaba..., el mundo se conmueve. No sabemos... eso hubiera sido una... ¡Y yo lo hice con una convicción! Le dije a mi mujer: "Yo me voy a hacer la estrella ésa en la frente, de sangre". Y no se pudo hacer porque no había retaguardia, ¡no había nada, no había nada, no es verdad!³⁸

Ya en el exilio, el poeta recordó amargamente el hecho y se lamentó de que su patria hubiera sido asesinada por todos, hasta por él, pues pidió que todos se hicieran la estrella y él mismo no se la hizo por haber tenido "una máscara / hecha de retórica y miedo." (*Español del éxodo y del llanto*, en *O.C.*, p. 131.) A España la habían matado entre los republicanos y los franquistas porque "Sobre una blasfemia roja / y una oración de hiel / no se levanta un pueblo / ni un destino ni una patria". (*Ibid.*, p. 134.)

El poeta trata el mismo tema de la división en *El hacha* (*Elegía española*), donde la fractura se simboliza no ya con las innumerables insignias de la República, sino con ese objeto maldito que, a su parecer, había acompañado por siempre al español:

Tuya es el hacha, tuya.
 Más tuya que tu sombra.
 Contigo la llevaste a la Conquista
 y contigo ha vivido
 en todos los exilios.
 Yo la he visto en América

-en México y en Lima-,
 se la diste a tu esposa
 y a tu esclava...
 y es la eterna maldición de tu simiente.
 (Español del éxodo..., en O.C., p. 149.)

El hacha divide y divide hasta llegar al átomo; representa la división de un pueblo que no puede dirigir sus esfuerzos hacia un único objetivo: la justicia.

Aquí no hay bandos,
 aquí no hay bandos
 ni rojos
 ni blancos
 ni egregios
 ni plebeyos...
 [...]
 Aquí no hay más que polvo,
 polvo y un hacha antigua,
 indestructible y destructora,
 que se volvió y se vuelve
 contra tu misma carne
 cuando te cercan los raposos.
 (Español del éxodo..., en O.C., p. 146.)

A partir de su desacuerdo con la división de los hombres en la lucha por la luz, León Felipe construye su crítica hacia las facciones políticas que desvirtuaron la causa del hombre con su falta de unidad y, en el campo de lo político-militar, brindaron un terreno propicio al triunfo de los franquistas. Reyes Dávila afirma en ese sentido que "[...] antes que la adopción y defensa de doctrinas -religiosas, políticas, filosóficas-, en León Felipe encontramos la crítica de ellas,

en cuanto ellas constituyen la expresión torcida de un mundo que pugna por no renacer".³⁹ De ahí que el poeta discrepe también de la actuación de la Iglesia y llegue a impugnarla tan duramente en el libro "Hacia el infierno" de *Ganarás la luz* y en otros textos a lo largo de su obra:

En los cuernos de la mitra
¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!
En los cuernos de la mitra
hay una plegaria verde
y otra amarilla.
En los cuernos de la mitra,
¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Esta es la copla de mi alma,
de mi alma sin templo
porque la bestia apocalíptica
lo ha llenado de estiércol.

(*Ganarás la luz*, en O.C., p. 279.)

Más adelante dice:

Vino la guerra.
Y para hacer obuses y torpedos
los soldados iban recogiendo
todos los hierros viejos
de la ciudad. Y Pedro,
el Gran Conserje Pedro,
le dijo a un soldado: Tomad esto...
Y le dio las llaves del templo.

(*Ganarás la luz*, en O.C., p. 281.)

Agrega:

Y creo
 que en el caliz y la hostia
 hoy no hay más que babas
 del Gran Conserje Pedro.

(Ganarás la luz, en O.C., p. 283.)

Su crítica hacia la Iglesia fue radical, dado el triste papel que ésta jugó durante la Guerra Civil. Por ejemplo, para el año de 1937 el Vaticano había ya reconocido *de facto* a Franco y no transcurrió mucho tiempo para que lo reconociera *de jure*.⁴⁰ Mas León Felipe, a pesar de su ira contra la Iglesia, no perdió nunca de vista que la doctrina cristiana original pugna por un mundo de justicia y amor, concepción que lo llevaría a decir:

Sin embargo, señores, yo no soy un escéptico
 y hay unas cuantas cosas en que creo.

[...]

Y creo
 que hay luz en el rito,
 luz en el culto
 y luz en el misterio.

[...]

Creo
 que un hombre honrado
 cuando nos da su pan
 tiene el cuerpo de Cristo entre sus dedos.

(Ganarás la luz, en O.C., p. 282-283.)

Esa actitud no fue caso único entre los artistas republicanos. Dice Natalia Calamai:

Es lógico que en la zona republicana, sintiéndose atacados en todos los frentes por los que expresan la religión oficial, se reaccione enérgicamente contra esa actitud. Se contraataca entonces en dos direcciones. Por una parte, se critica, a veces con gran violencia, las posiciones de la Iglesia. Por otra, se niega el carácter auténticamente cristiano de la religión oficial, se denuncia su hipocresía y se exaltan los valores de amor, igualdad, y hermandad contenidos en el mensaje evangélico y que forman parte de la ideología que inspira la zona republicana.⁴¹

Si la Iglesia había tenido un papel funesto para la República, Inglaterra influyó negativamente también. Así lo entendió el poeta y arremetió contra ella con la misma fuerza que contra la división de los republicanos y la actuación de la Iglesia, pues fueron todos ellos factores de la derrota de la causa popular española. Declaraba Churchill en 1938 que: "Franco tiene todo el derecho de su parte porque ama a su patria. Además, Franco está defendiendo a Europa contra el peligro comunista [...]"⁴² Ante tal actitud, León Felipe no pudo menos que calificar a ese país de "raposa":

Abajo quedas tú, Inglaterra,
vieja raposa avarienta,
que tienes parada la Historia de Occidente hace más de
tres siglos,
y encadenado a Don Quijote.
(*La insignia*, en O.C., p. 939.)

La postura que Inglaterra adoptó, a los ojos del poeta, fue la de la "caña de pescar", es decir, la indiferencia ante la sangre que corría en España, con tal de salvaguardar sus intereses. Inglaterra era el pescador que se va de fin de semana mientras el mundo se destruye...

Y cuando estos ríos turbulentos de sangre anegan casi el mundo, este pescador astuto toma su caña, prepara su *week-end*, y se encamina a las márgenes mansas de sus ríos a pescar *flemáticamente* sobre la verde yerba de su verde esmeralda. ¡Flemáticamente! Ahora que los dioses han perdido la serenidad, el pescador de caña quiere hacer de la flema una virtud.

(*El payaso...*, p. 59.)

Así, pues, León Felipe tenía que "arremeter furiosa, bárbaramente, contra Inglaterra [...], como instigadora principal que fue del Pacto de No Intervención, que constituyó la trampa mortal donde hubo de hundirse la República [...]."43

La división del bando republicano, por una parte, y la nefasta intervención de Inglaterra y de la Iglesia, por otra, fueron factores que el poeta distinguió como causas importantísimas de la derrota del pueblo español, lo que es decir que fueron, para él, las causas de la derrota del hombre en su batalla por ganar su dignidad y un mundo justo que le permitiera ver de frente la luz. La metáfora social había sido detenida; el hombre permanecía en la oscuridad. El triunfo de los franquistas significó para León Felipe mucho

más que una derrota política y bélica; se trataba de una derrota espiritual: el gusano no podía convertirse aún en mariposa y, por lo tanto, había que llorar más, había que derramar más sangre, invertir más dolor para ganar la batalla. El hombre seguía encadenado a la sombra...

Se ha muerto un pueblo
pero no se ha muerto el hombre.
Porque aún existe el llanto,
el hombre está aquí de pie,
de pie y con su congoja al hombro,
con su congoja antigua, original y eterna,
con su tesoro infinito
para comprar el misterio del mundo,
el silencio de los dioses
y el reino de la luz.
(Español del éxodo..., en O.C., pp. 124-125.)

VII. Epílogo: Se es hombre antes que español

La derrota de la República en 1939 golpeó de manera contundente el ánimo de León Felipe, puesto que vio en ella la victoria del "hacha" que había propiciado la división de los republicanos, y, con ésta, la imposibilidad del advenimiento de una sociedad justa. España estaba acabada para él, y en realidad no la concibió más como su patria en el sentido de que, a su parecer, una patria debería ser el crisol en donde naciera el hombre de la "luz", suceso obviamente impensable en la España posterior al triunfo franquista.

Decía León Felipe que la tierra fértil para la transformación del hombre le era anunciada por medio de un "pájaro luminoso" (*Ganarás la luz*, en *O.C.*, p. 249), que se puede identificar con la intuición que le señalaría en dónde estaba el lugar de su verdadera patria. Siguiendo a ese "pájaro luminoso" había salido en 1920 hacia la Guinea Española y había recorrido varios países hasta que en 1931, con el triunfo de la República en las elecciones, creyó que se había posado en España.

Allí estaba en verdad, pero voló de nuevo
y me quedé solo otra vez y callado en el mundo,
mirando a todas partes y afilando mi oído.
Luego empecé a gritar... a cantar.
Y mi grito y mi verso no han sido más que una llamada

otra vez,
 otra vez un señuelo para dar con esta ave huidiza
 que me ha de decir dónde he de plantar la primera
 piedra de mi patria perdida.
 (Ganarás la luz, en O.C., p. 249.)

Recuerda Luis Rius en la biografía del poeta cómo éste no quiso regresar jamás a España, ni siquiera muchos años después, en 1963 ó 64, cuando todo estaba preparado para su retorno. Dice León Felipe:

¡No, no voy a España! ¡Yo no vuelvo a España! Y si han decidido que vaya yo otra vez a España, di que no voy a ir a España ni aunque se vaya Franco, porque ha dejado las calles de Madrid y todos los campos de España llenos de una baba franquista que no la quitará nadie [...].⁴⁴

El poeta, así, mantenía lo que había dicho en *Español del éxodo y del llanto*, donde declaró que

España está muerta. Muerta. Detrás de Franco vendrán los enterradores y los arqueólogos. Y los buitres y las zorras que acechan en las cumbres. ¿Qué otra cosa esperaréis? ¿Volver vosotros de nuevo, cuando se derrumbe la harca de los generales? ¡Los éxodos no vuelven! ¿Y a qué ibais a volver? ¿A darle otra vuelta al arístón? ¡Ya no hay más vueltas!
 (Español del éxodo..., en O.C., p. 123.)

Pero si España estaba muerta, no así la esperanza del hombre, pues "[...] un pueblo, una patria, no es más que la cuna de un hombre. Se deja la tierra que nos parió como se dejan los

pañales. Y un día se es hombre antes que español." (*Español del éxodo...*, en *O.C.*, p. 123.) Los españoles exiliados habían dejado, en ese sentido, sus pañales, y debían darse a la construcción de una nueva patria donde pudieran reivindicar su condición humana. La tierra propicia fue para ellos América, el continente de la síntesis del hombre de los "viejos mundos" con el "nuevo": como decía Vasconcelos, la posible cuna de la raza cósmica.

Cubanos, mexicanos, hispanoamericanos: Estáis hechos de muchas cosas: de agua, de viento, de arcilla, de misterio... Pero en vuestra sangre hay un sabor amargo e indeleble de justicia, que, por encima de sus pecados y de sus torpezas políticas, os lo puso el clown ibérico de las bofetadas, y que debéis guardar y defender sobre todas las cosas como un legado divino...

(*El payaso...*, p. 74.)

Congruente con esta idea, León Felipe pasó el resto de sus días en tierra americana. Dando conferencias recorrió el continente, para volver más tarde a México, donde fijó su residencia. Asumió que tenía que seguir luchando por la justicia en este lado del océano; que era una lucha sin tregua. Y que para alcanzar la justicia no se debía olvidar nunca lo sucedido en España, pues el olvido promete la repetición del error.

[...] el que se haga una casa, que la haga teniendo en cuenta ciertos planos...
y el que escriba un poema, que no olvide que se han visto ya pájaros
que se le escapan de la jaula al matemático.

(*Guarás la luz*, en *O.C.*, p. 246.)

Asimismo, el español no podía tampoco permanecer tranquilo en América, pensando que todo había acabado ya. La batalla por alcanzar un mundo de luz no había de terminar sino con la victoria.

-Español del éxodo y del llanto,
que llegas a México,
no te sientes tan pronto,
que aquí sopla aún el viento,
el mismo viento
que derribó la torre
de tu pueblo...
No digas en seguida:
allá yo era un esclavo
y aquí soy un liberto,
porque la tierra entera está imantada
y caminamos todos con zapatos de hierro.
Se ha muerto un pueblo, pero el hombre
no se ha muerto. De nuevo
tomad todos la espada
y elegid un ejército.

(*Español del éxodo...*, en *O.C.*, p. 138)

La batalla de León Felipe por alcanzar su dignidad como ser humano no cesó nunca, como no se transformó tampoco su concepción del hombre como un ser malhecho que tenía que volver a parirse a sí mismo.

Quizá no sea aventurado afirmar que la parte más significativa de su poesía constituyó una arenga para que los hombres batallasen por la conquista de la luz. "Poesía es transformar una bacía de barbero en un yelmo de Mambrino...", expresó el escritor en una entrevista.⁴⁵

Ya muy viejo, cerca de su muerte, aún se le escuchaba
exclamar:

¡Oh, todo el veneno verde y oscuro que se arrastra
sobre la tierra
levantándose de pronto
retorciéndose
bailando en el aire
buscando la Luz
ante la música encantada de mi flauta!
(Puesto ya el pie..., p. 31.)

León Felipe fue como una flauta de la que emanaba una música
que encantaba para la búsqueda incesante de la luz...

VIII. CONCLUSIONES

A.

León Felipe expresa en su obra poética la concepción del hombre como un ser imperfecto -perfectible a la vez-, que actualmente vive "en la sombra", es decir, en un mundo de injusticia social y de bajeza espiritual. Existe, pues, la necesidad de perfeccionarlo, como individuo y como integrante de una sociedad. Consecuentemente, León Felipe no concibe a la Historia como un proceso cíclico cerrado, pues la posible superación humana descansa en el supuesto de que el devenir histórico puede ser modificado.

En la poesía de este autor, se propone al "llanto" como un primer paso para alcanzar la superación, pues el "llanto", el dolor, concientiza al hombre: al cimbrarlo íntimamente, lo compromete con su realidad. Y este compromiso lo lleva a la acción.

Así, pues, el hombre, concientizado a través del dolor, lucha por alcanzar su superación: una superación económica y social del mundo contemporáneo; una superación espiritual del individuo, las cuales se identifican, en la poesía de León Felipe, con la "luz". El hombre, ya perfeccionado, estará en posibilidad de responder a las preguntas que se ha planteado eternamente (¿quién soy?, ¿para qué nací?, etcétera): será

poseedor de la "luz", entendida esta vez como un conocimiento supremo.

Así, pues, en la obra poética de León Felipe, se entiende que el ser humano vive en un estado de imperfección social e individual, y que sólo podrá salir de ese estado concientizándose, en este caso, a través del dolor. Metafóricamente, el poeta dice que el hombre libra una lucha desde la sombra para ganar la luz, en la cual puede utilizar al llanto como instrumento.

B.

León Felipe entiende al poeta como un profeta, como un visionario, en el sentido de que su intuición poética lo hace descubrir, no el estado actual del mundo y del hombre, sino su estado deseable. El poeta descubre lo que debe ser, no lo que es.

Así, pues, a juicio de León Felipe, el poeta será el primero en denunciar las fallas sociales a través de la *metáfora poética*, que consiste en proponer un mundo justo y equitativo -apto para el desarrollo espiritual de cada individuo-, surgido de la confrontación entre lo que es y lo que debería ser.

Cuando la sociedad se pone en acción, cuando lucha por alcanzar el objetivo propuesto por la *metáfora poética*, cuando salta de lo común y grosero a lo excepcional y heroico, se produce la *metáfora social*. La *metáfora social*

significa la lucha por concretar la propuesta de la metáfora poética. Dicho en otras palabras: la metáfora social es la lucha real, concreta, objetiva del hombre por su superación; mientras que la poética representa apenas la propuesta de que un mundo mejor puede existir.

Una vez realizada la metáfora social, el hombre saltaría a la metáfora sideral. Pues el ser humano no se conformará con condiciones materiales justas, sino que luchará, además, por su superación espiritual. Es el momento en que el ser humano se cuestiona acerca del significado de su vida, de su relación con la divinidad. Es cuando cuestiona a Dios, a los dioses, acerca de su equidad y de su justicia para con los hombres... Es cuando cuestiona el ser mismo de Dios...

C.

León Felipe concibió a la Guerra Civil Española como una metáfora social de la lucha del hombre por la luz, en el sentido de que descubrió en ella la actuación del hombre heroico, que lucha por superar sus condiciones materiales y sus valores espirituales.

Para el poeta, el conflicto español iba mucho más allá de su significado histórico y social estricto; aunque obviamente lo incluía, alcanzaba, a su juicio, una significación filosófica: pues León Felipe vislumbró en la Guerra Civil la batalla del hombre por su superación en todos sentidos, y no solamente un intento de derrotar el

levantamiento militar o de construir las bases materiales de un Estado equitativo. Estos últimos constituirían el punto de partida, si bien indispensable, de esa superación. El poeta, en algunos textos, incluso concibió a la Guerra Civil como una lucha del hombre en general, y no sólo como la del hombre español.

Para León Felipe, si la Guerra Civil era ganada, el ser humano podría saltar a la metáfora sideral... Debía, al haber ganado una sociedad justa, aspirar a su superación espiritual. Pero el pueblo español perdió; la metáfora sideral no llegó, y la social se revirtió.

D.

Las causas de la derrota del pueblo español fueron evidentemente múltiples. El poeta señala entre ellas: la división entre los republicanos; la intervención negativa de las potencias mundiales como Inglaterra; y la actuación nefasta de la Iglesia española.

La derrota republicana significó para el poeta una derrota del hombre en su lucha por ganar la luz. Por eso, para él, España murió con el triunfo nacionalista.

Pero si el hombre había perdido esa batalla en España, no se había perdido la guerra en el mundo entero. Por lo cual León Felipe entendió que todavía había mucho que hacer... *había que concientizarse más, a través del dolor, para llegar a poseer una lucidez suficiente que permitiera, venciendo*

todos los obstáculos, ganar la luz. En ese sentido, había que "llorar" más...

E.

Pero el hombre, para León Felipe, un día deja su patria como deja los pañales, y busca la tierra propicia para su desarrollo en cuanto ser humano... Y un día antepone su compromiso de crecer, individual y socialmente, al compromiso con su patria como tal: un día se es hombre antes que español. Pues, en realidad, la verdadera patria del hombre será aquella que le permita desarrollarse, crecer, ganar la luz...

León Felipe jamás abandonaría la idea de que la esperanza del hombre, tanto en el campo individual como en el social, radica en su búsqueda incesante de lo mejor de sí mismo...

IX. NOTAS

¹ Cfr. Helena Beristáin, *Análisis e interpretación del poema lírico*.

² Cfr. la bibliografía de este trabajo. Para una lista más extensa, véase la bibliografía de las *Obras completas* en Losada y el *Diccionario de escritores mexicanos*, t. I, pp. 248-256.

³ Constituye un estudio bastante completo sobre el conflicto español del 36 *La revolución y la guerra de España*, de Pierre Broué y Emile Témime. Cfr. la bibliografía que incluye el mismo.

⁴ Cfr. Natalia Calamai, *El compromiso en la poesía de la guerra civil española*, pp. 64 y ss. Para los poemas escritos durante y acerca de la Guerra Civil, cfr. Francisco Caudet, *Romancero de la guerra civil*; Fernando Díaz-Plaja, *Los poetas en la guerra civil española*; y Dario Puccini, *Romancero de la resistencia española*.

⁵ Los datos que aparecen en adelante han sido tomados de León Felipe, poeta de barro de Luis Rius, y de la "Cronología de León Felipe", en *León Felipe, antología de poesía* (Arturo Souto, compilador), pp. 281-284.

⁶ Alejandro Finisterre consigna esta fecha en su prólogo a *Puesto ya el pie en el estribo*. Sin embargo, Elena Poniatowska en *Todo México*, tomo II, señala el 2 de octubre de 1968 como fecha del deceso, indicando como fuentes de su esbozo biográfico al *Diccionario Enciclopédico de México* de Humberto Mussachio y a *El exilio español en México* de varios autores. La confusión probablemente parte de una vinculación entre la fecha de la muerte del poeta y la represión al movimiento estudiantil del 68. Dice Finisterre: "El poeta, recordamos, murió el 18 de septiembre de 1968, precisamente a la misma hora en que el ejército [...] invadía la Ciudad Universitaria de México, acto que preludiaba los trágicos sucesos de Tlatelolco del 2 de octubre de 1968." (P. 14.) Esto se transforma en el texto de Poniatowska en que "[...] falleció el 2 de octubre de 1968, justo el día en que tuvo lugar la matanza en Tlatelolco de la que Díaz Ordaz se hizo responsable." (P. 197.) En realidad, el poeta falleció en la fecha indicada por Finisterre: "En los momentos de cerrar esta edición de *México en la Cultura*, deploramos, junto con todo el mundo intelectual de habla hispana, el deceso del gran poeta español León Felipe, ocurrido a la una de la mañana del miércoles 18 del presente en el Sanatorio Español, a consecuencia de un paro cardíaco." ("León Felipe ha fallecido", en *México en la Cultura*, suplemento cultural de *Novedades*, no. 1018, 22 de septiembre de 1968, p. 3.)

⁷ El siguiente texto está basado en la información y el análisis del libro citado de Pierre Broué y Emile Témime (ambos tomos).

⁸ Antonio Aparicio, "Las cuentas del buen fascista", en Puccini, *op. cit.*, p. 126. Resulta de interés escuchar las voces de otros poetas -además de la propia de León Felipe- durante la Guerra Civil, pues existe una sintomática coincidencia en muchos sentidos; razón por la cual se incluyen a continuación algunos poemas del *Romancero*.

⁹ José Bergamín, "El traidor Franco", en Puccini, *op. cit.*, p. 119.

¹⁰ Emilio Prados, "Ciudad sitiada", en Puccini, *op. cit.*, p. 100.

¹¹ En adelante se citará de esta forma a *Versos y oraciones de caminante*.

¹² Dice el *Eclesiastés*: "¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará; y nada hay nuevo debajo del sol. / ¿Hay algo de que se puede decir: He aquí esto es nuevo? Ya fue en los siglos que nos han precedido" (Ec. 1.9-1.10, en *Santa Biblia. Concordancia*, p. 638.) Sobre la crítica de León Felipe al *Eclesiastés*, cfr. Marcos Francisco Reyes Dávila, *León Felipe: profeta de la revolución*, pp. 50-55.

¹³ Marcos Francisco Reyes, *op. cit.*, p. 65.

¹⁴ Margarita Murillo, *León Felipe, sentido religioso de su poesía*, p. 108.

¹⁵ Emmanuel Carballo, "Llamadme León Felipe" (entrevista reimpresa en ocasión de la muerte del poeta), en *Diorama de la Cultura*, no. 18 839, 28 de septiembre de 1968, p. 5. Estas palabras de León Felipe, llenas de pesimismo, deben entenderse en el contexto de su vejez: su voz de entonces, a menudo cansada y oscura, contradujo su esperanza en el cambio. Pero el poeta superó esa contradicción. En su último libro, publicado póstumamente (*Puesto ya el pie en el estribo*), se lee: "¡Oh, todo el veneno verde y oscuro que se arrastra sobre la tierra/ levantándose de pronto/ retorciéndose/ bailando en el aire/ buscando la luz/ ante la música encantada de mi flauta!" (P. 31.) León Felipe continuó siendo rebelde y buscando la "luz"... En cuanto a su afirmación contundente de que no cree en Dios, hay que tomarla en el mismo sentido. En realidad, no se puede declarar con seriedad que el poeta fuera ateo. Lo que prueban estas palabras es su duda, su cuestionamiento a la divinidad.

¹⁶ En la Biblia, Job es un hombre justo, que es azotado por calamidades para probar su fe. Después de una disputa consigo mismo y con Elifaz, Bildad, Zofar y Eliú, finalmente Jehová le responde desde un torbellino y lo interroga, probándole su ignorancia y la omnisapientia divina. Job asiente y es recompensado por Jehová. (Cfr. *Job*, en *Santa Biblia. Concordancia*, pp. 492-523).

¹⁷ Se utilizará la forma abreviada *El payaso...* para citar *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña* de León Felipe.

¹⁸ Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, II, 3, p. 648.

19 "[...] Hay que evitar desde luego el común error de suponer que la metáfora procede de una transposición consciente. Solemos imaginarnos la creación de la metáfora del siguiente modo: tengo aquí dos contenidos objetivos, que, a pesar de su diversidad y hasta de su oposición, están en cierto modo emparentados; el entendimiento comparador relaciona esas dos representaciones o series de representaciones de tal modo que el parentesco queda clara y convincentemente revelado. [...] Claro está que no cabe rechazar de golpe esa interpretación, pero lo cierto es que falsea y oscurece la verdad de los hechos, porque en realidad las dos series representativas se van transformando gradualmente en una sola, se van fundiendo cada vez más, hasta convertirse en una unidad radicalmente nueva e indestructible." (Johannes Pfeiffer, *La poesía*, pp. 36-37.) Las palabras de este filósofo alemán aclaran el sentido de la metáfora en general, y en este caso son aplicables a la metáfora poética de León Felipe que se intenta esclarecer en el presente capítulo. En realidad, el poeta español no yuxtapone artificialmente dos términos, sino que los une íntimamente para crear uno nuevo: el mundo deseable (y posible a través de la lucha social).

20 Cfr. Margarita Murillo, *op. cit.*, pp. 224-229. En la Biblia se asienta la historia de este profeta rebelde que rehuía el mandato de Jehová en el sentido de que anunciara la destrucción de Nínive. Jonás quiso refugiarse en Tarsis para esquivar la presencia de Jehová, pero éste produjo una tempestad que azotó la nave en la que iba el profeta. Los marineros, advirtiendo que Jonás era el causante de su desgracia, lo arrojaron al mar, donde un pez lo tragó. Después de permanecer en su vientre tres días y tres noches, fue arrojado a tierra gracias al mandato que Jehová hizo al pez tras la oración que el profeta le dirigió. Y "Vino palabra de Jehová por segunda vez a Jonás, diciendo: / Levántate y ve a Nínive, aquella gran ciudad, y proclama en ella el mensaje que yo te diré. / Y se levantó Jonás, y fue a Nínive conforme a la palabra de Jehová. Y era Nínive ciudad grande en extremo, de tres días de camino. / Y comenzó Jonás a entrar por la ciudad, camino de un día, y predicaba diciendo: De aquí a cuarenta días Nínive será destruida. / Y los hombres de Nínive creyeron a Dios, y proclamaron ayuno, y se vistieron de cilicio desde el mayor hasta el menor de ellos. / [...] / Y vio Dios lo que hicieron, que se convirtieron de su mal camino; y se arrepintió del mal que había dicho que les haría, y no lo hizo." (Jon. 3.1-3.5 y 3.10, en *Santa Biblia. Concordancia*, pp. 846-847.)

21 Cfr. Marcos Francisco Reyes, *op. cit.*, pp. 93-94.

22 En adelante se citará ¡Oh, este viejo y roto violín! como ¡Oh, este viejo...!

23 Max Aub, *La poesía española contemporánea*, p. 26.

24 León Felipe retoma el mito griego de Prometeo para dar nombre a este concepto. Como es bien sabido, el dios robó el fuego, que sólo poseían los inmortales, para regalarlo a los hombres, y así lograr que desarrollaran una civilización.

Asimismo, les enseñó los diversos oficios. Zeus, enfurecido por ese acto, mandó que Hermes lo encadenara a un peñasco (cfr. *Prometeo encadenado*, en Esquilo, *Las siete tragedias*, pp. 65-85.) El simbolismo profundo que el poeta español retoma consiste en que Prometeo representa la rebeldía en búsqueda de un avance del hombre hacia un estado mejor; además resulta sintomático el paralelismo entre el fuego que roba el dios griego y la luz por la que clama León Felipe.

²⁵ En una entrevista, Elena Poniatowska le pregunta a León Felipe que qué es la poesía. El responde:

"-Poesía es transformar una bacía de barbero en un yelmo de Mambrino...

"-¡Pero, cómo será de mala gente! Tal parece que usted se divierte en aumentar mi ignorancia. ¿Qué es una bacía de barbero? ¿Qué es un yelmo de Mambrino?

"-Se le ha olvidado a usted *El Quijote*. Hay por allí una aventura muy realista, de marcado acento escatológico. Cuando Sancho logra contagiarse su miedo a Don Quijote y pasan toda la noche temblando en espera de que sabe Dios cuántos siniestros peligros, Sancho llega al colmo de su flaqueza humana; lastrado por él, Don Quijote ha perdido el último arresto de idealismo y pasa la noche -noche adversa y monstruosa- hasta que se abre paso la luz. Don Quijote sale del bosque y distingue al fondo de la carretera a un barbero que se dirige a Sevilla para cumplir sus menesteres... Lleva una bacía en la cabeza (una especie de vasija que servía para remojar la barba de los clientes), y Don Quijote padece entonces un espejismo... [...]" (Poniatowska, "León Felipe", en *op. cit.*, tomo II, pp. 187-188.) Y, más adelante, sigue: "El barbero lleva la bacía en la cabeza porque está lloviendo y Don Quijote vislumbra un caballero que lleva en la cabeza un casco milagroso. Sucede el gran milagro poético, cuando Don Quijote saluda en el barbero al Caballero Mambrino. [...] Y la escala metafórica de imágenes se convierte en la escala de Jacob, transitada por los ángeles poéticos..." (*Ibid.*, p. 188.) Cfr. Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, I, 21, pp. 271-275.

²⁶ Margarita Murillo, *op. cit.*, p. 304.

²⁷ En la obra de León Felipe las alusiones a Edipo y a Job van en el mismo sentido: son hombres sobre quienes cae una calamidad terrible proveniente de la divinidad. Y para el poeta español, representan dos seres humanos que interrogan a los dioses sobre la razón de su infortunio. (Cfr. Sófocles, *Edipo rey*, en *Las siete tragedias*; y el libro de *Job*, en *Santa Biblia. Concordancia*).

²⁸ En adelante se citará de esta forma a *Puesto ya el pie en el estribo y otros poemas*.

²⁹ Para el análisis de la IMD, cfr. Marcos Francisco Reyes, *op. cit.*, pp. 64-70. Dice Visnja Lukavac Bozacevic en *La búsqueda de la luz en la poesía de León Felipe* acerca de esto que "[...] Demiurgo es el Dios Creador en la filosofía de Platón. De ahí que la metáfora a la que León Felipe agregó este nombre como adjetivo es aquella que crea. A la expresión 'es como' se le quita el 'como' y queda tan solo 'es'. La

diferencia es muy grande. Cuando el poeta se cansa ya de comparar, de imaginar y no ver, recurre en sus versos a lo demiurgo... Lo que antes era imaginación se convierte en realidad. Hace lo que el ingenioso hidalgo de la Mancha, quien se acerca a la venta para pernoctar y esa venta no le parece un castillo: para él es un castillo "hecho y derecho"... (pp. 4-5).

Sobre el Demiurgo en Platón dice Francisco Larroyo en su "Estudio preliminar" a los *Diálogos*: "El eros trata de colmar toda deficiencia; aspira a la perfección. En los orígenes del mundo, dice Platón, una divinidad artesana, un demiurgo creó el mundo, impulsado por el amor. Demiurgo, a la letra, significa artesano, obrero.

"El pensamiento de Platón sobre filosofía natural aparece en el diálogo el *Timeo*. Allí describe el proceso de la formación del mundo. Este dios artífice utilizó la materia informe para crear seres semejantes a las Ideas eternas. Dentro de la obra del demiurgo figuran también los dioses menores, que tuvieron la tarea de generar a los seres orgánicos" (p. XXVII).

³⁰ Obviamente, la Guerra Civil Española representó para el mundo, para España, y para León Felipe, un acontecimiento contundente hasta lo inefable. El hecho de que aquí se le denomine como metáfora social significa únicamente que en la poesía de León Felipe se le concibió de tal manera. Evidentemente, en la "vida real" -por decirlo de alguna forma- de aquellos españoles, la guerra significó mucho más; razón por la que la aserción de que el conflicto español fue entendido en la obra poética de este autor como una metáfora social sólo debe ser tomada en un sentido literario, artístico, patente en su obra, y de ninguna forma en un sentido histórico o sociológico.

³¹ Cfr. Natalia Calamai, *op. cit.*, p. 64.

³² Marcos Francisco Reyes, *op. cit.*, p. 15.

³³ Citada por Noam Chomsky, *Vietnam y España. Los intelectuales liberales ante la revolución*, p. 72.

³⁴ En *La revolución y la guerra de España*, se dice acerca de la situación del anochecer del 20 de julio de 1936: "Fue un verdadero boletín de victoria el que Franco telegrafió a Queipo: 'España está salvada: las provincias de Andalucía, Valencia, Valladolid, Burgos, Aragón, las Canarias y las Baleares se han unido a nosotros.' El general era muy optimista. En realidad, el pronunciamiento, en cuanto tal, había fracasado. Pues no sólo habían sufrido terribles reveses los rebeldes, sino que habían desencadenado la revolución obrera que su acción había querido prevenir. Golpe tras golpe, habían perdido a algunos de sus jefes más prestigiosos y más capaces, Calvo Sotelo, Sanjurjo Goded, José Antonio Primo de Rivera [...]. Sobre todo, sus derrotas, al destruir la leyenda de la invencibilidad del ejército en las luchas civiles, los privaron de su triunfo principal, el miedo. En lo sucesivo, ya no se enfrentaron a un débil gobierno del Frente Popular, sino a una revolución. El pronunciamiento había fracasado. Comenzaba la guerra civil." (Pierre Broué y Emile Témime, *op. cit.*, pp. 130-131.)

- 35 Marcos Francisco Reyes, *op. cit.*, pp. 114-115.
- 36 Luis Rius, *op. cit.*, pp. 226-227.
- 37 *Ibid.*, pp. 198 y 212.
- 38 *Ibid.*, p. 203.
- 39 Marcos Francisco Reyes, *op. cit.*, p. 78.
- 40 Noam Chomsky, *op. cit.*, p. 145.
- 41 Natalia Calamai, *op. cit.*, pp. 194-195. Sobre el anticlericalismo de León Felipe, *cfr.* Marcos Francisco Reyes, *op. cit.*, pp. 37-48.
- 42 Citado por Noam Chomsky, *op. cit.*, p. 139.
- 43 Luis Rius, *op. cit.*, p. 205.
- 44 *Ibid.*, p. 219.
- 45 Elena Poniatowska, *op. cit.*, p. 187.

X. BIBLIOGRAFIA

DIRECTA:

- León Felipe: *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña*. 2ª ed. México, Finisterre Editores, 1976. (Colección León Felipe, 3.) 87 pp.
- : "Habla el prólogo", en *Canto a mí mismo* de Walt Whitman (tr. de León Felipe). 16ª ed. Buenos Aires, Losada, 1991. (Biblioteca Clásica y Contemporánea, 228.) Pp. 7-22.
- : *Obras completas*. Buenos Aires, Losada, 1963. 1076 pp.
- : *¡Oh, este viejo y roto violín!* 3ª ed. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986. (Textos de Humanidades.) 195 pp.
- : *Puesto ya el pie en el estribo y otros poemas*. Madrid, Finisterre, 1983. (Colección Visor de Poesía.) 109 pp.
- : *Rocinante*. Israel. México, Finisterre, 1974. 92 pp.
- : *Versos del merolico o del sacamuelas*. Madrid, Colección Visor de Poesía, 1982. 117 pp.

INDIRECTA:

- Aub, Max: *La poesía española contemporánea*. México, Imprenta Universitaria, 1954. 233 pp.
- Beristáin, Helena: *Análisis e interpretación del poema lírico*. México, Instituto de Investigaciones Filológicas-Universidad Nacional Autónoma de México, 1989. (Cuadernos del Seminario de Poética, 12.) 180 pp.
- Bozicevic, Visnja Lukavac: *La búsqueda de la luz en la poesía de León Felipe*. (¿Tesis de licenciatura?) México, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional Autónoma de México, 1968. 24 pp.
- Broué, Pierre y Emile Témime: *La revolución y la guerra de España*. 2 vols. México, Fondo de Cultura Económica, 1971. (Colección Popular, 33.) 380 y 331 pp.
- Calamai, Natalia: *El compromiso en la poesía de la guerra civil española*. Barcelona, Laia, 1979. 297 pp.
- Capella, María Luisa: *La huella mexicana en la obra de León Felipe*. México, Finisterre, 1975. (Colección León Felipe, 35.) 95 pp.
- Carballo, Emmanuel: "Llamadme León Felipe", en *Diorama de la Cultura* (suplemento dominical de *El Excelsior*), no. 18 839, 28 de septiembre de 1968, p. 5.
- Caudet, Francisco: *Romancero de la guerra civil*. Madrid, Ediciones de la Torre, 1978. 150 pp.

- Cervantes, Miguel de: *Don Quijote de la Mancha*, tt. I y II. Barcelona, RBA Editores, 1994. (Historia de la Literatura, 1 y 2.) 1203 pp.
- Chomsky, Noam: *Vietnam y España. Los intelectuales liberales ante la revolución*. México, Siglo XXI, 1974. 151 pp.
- Díaz-Plaja, Fernando: *Los poetas en la guerra civil española*. España, Plaza & Janés, 1975. 124 pp.
- Diccionario de escritores mexicanos*, t. I (A-CH). México, Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas-Universidad Nacional Autónoma de México, 1988. Pp. 248-256.
- Esquilc: *Prometeo encadenado*, en *Las siete tragedias*. 19ª ed. México, Porrúa, 1987. (Sepan cuántos..., 11.) Pp. 65-85.
- Larroyo, Francisco: "Estudio preliminar", en *Diálogos de Platón*. 21ª ed. México, Porrúa, 1989. (Sepan cuántos..., 13.) XXIX pp.
- "León Felipe ha fallecido", en *México en la cultura* (suplemento cultural de Novedades), no. 1 018, 22 de septiembre de 1968, p. 3.
- Murillo González, Margarita: *León Felipe. Sentido religioso de su poesía*. (Tesis de maestría.) México, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional Autónoma de México, 1966. 323 pp.
- Pfeiffer, Johannes: *La poesía*. 3ª ed. México, Fondo de Cultura Económica, 1983. (Breviarios, 41.) 136 pp.

- Poniatowska, Elena: "León Felipe" (entrevista), en *Todo México*, t. II. México, Diana, 1993. Pp. 187-197.
- Puccini, Dario: *Romancero de la resistencia española (1936-1965)*. México, Era, 1967. (Biblioteca Era, Serie Mayor.) 514 pp.
- Reyes Dávila, Marcos Francisco: *León Felipe: profeta de la revolución. Pensamiento político y social*. (Tesis de maestría.) México, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional Autónoma de México, 1980. 141 pp.
- Rius, Luis: *León Felipe, poeta de barro (biografía)*. México, Colección Málaga, 1968. (Biblioteca León Felipe, 15.) 266 pp.
- Ruiz-Funes Montesinos, Concepción: *León Felipe: poeta español*. (Tesis de licenciatura.) México, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional Autónoma de México, 1966. 139 pp.
- Santa Biblia. Concordancia* (antigua versión de Casiodoro de Reina, 1569; revisada por Cipriano de Valera, 1602). Brasil, Sociedades Bíblicas Unidas, 1960. 1157 y 272 pp.
- Sófocles: *Edipo Rey*, en *Las siete tragedias*. 16ª ed. México, Porrúa, 1982. (Sepan cuántos..., 14.) Pp. 119-149.
- Souto Albarce, Arturo (compilador): "Cronología de León Felipe", en *León Felipe, antología de poesía*. México, Fondo de Cultura Económica, 1985. Pp. 281-284.

INDICE

I.	Introducción.....	3
II.	Esbozo biográfico e histórico.....	7
	A. León Felipe.....	7
	B. La Guerra Civil Española.....	18
III.	El hombre lucha desde la sombra por ganar la luz con sus lágrimas.....	33
IV.	Metáfora poética, metáfora social, metáfora sideral.....	47
V.	La Guerra Civil Española en la poesía de León Felipe como metáfora social de la lucha del hombre por la luz.....	58
VI.	Todavía hay que llorar.....	68
VII.	Epílogo: Se es hombre antes que español.....	79
VIII.	Conclusiones.....	84
IX.	Notas.....	89
X.	Bibliografía.....	95